

www.revistamercurio.es

MERCURIO

FUNDACIÓN JOSÉ MANUEL LARA

Número 184 | Octubre 2016

EJEMPLAR GRATUITO

NARRATIVA

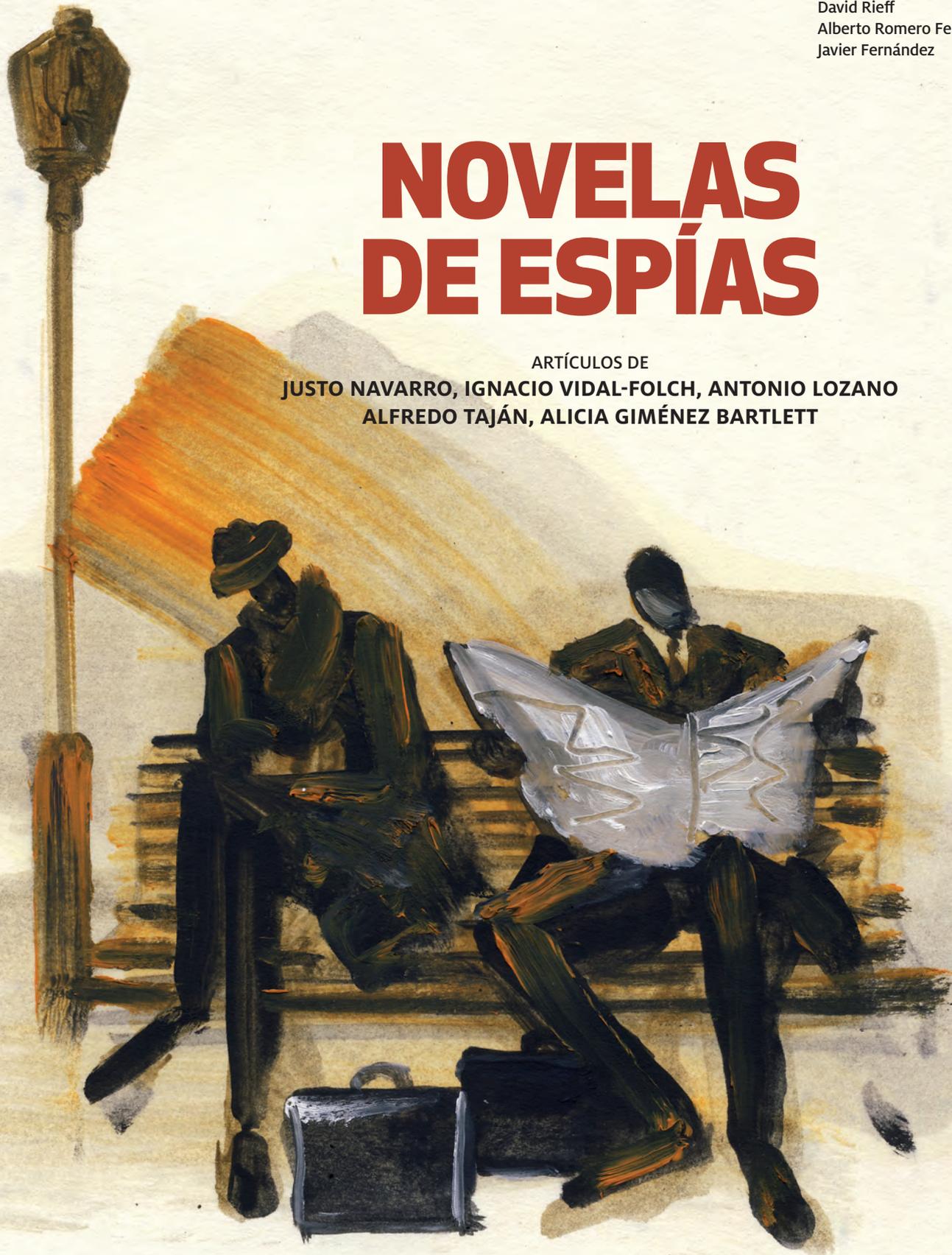
Ernesto Pérez Zúñiga
Amy Stewart
Marina Perezagua
David Bosc
Hipólito G. Navarro
Eduardo Berti
Robert Aickman

ENSAYO Y POESÍA

Jonathan Haslam
Virginia Woolf
Sainte-Beuve
David Rieff
Alberto Romero Ferrer
Javier Fernández

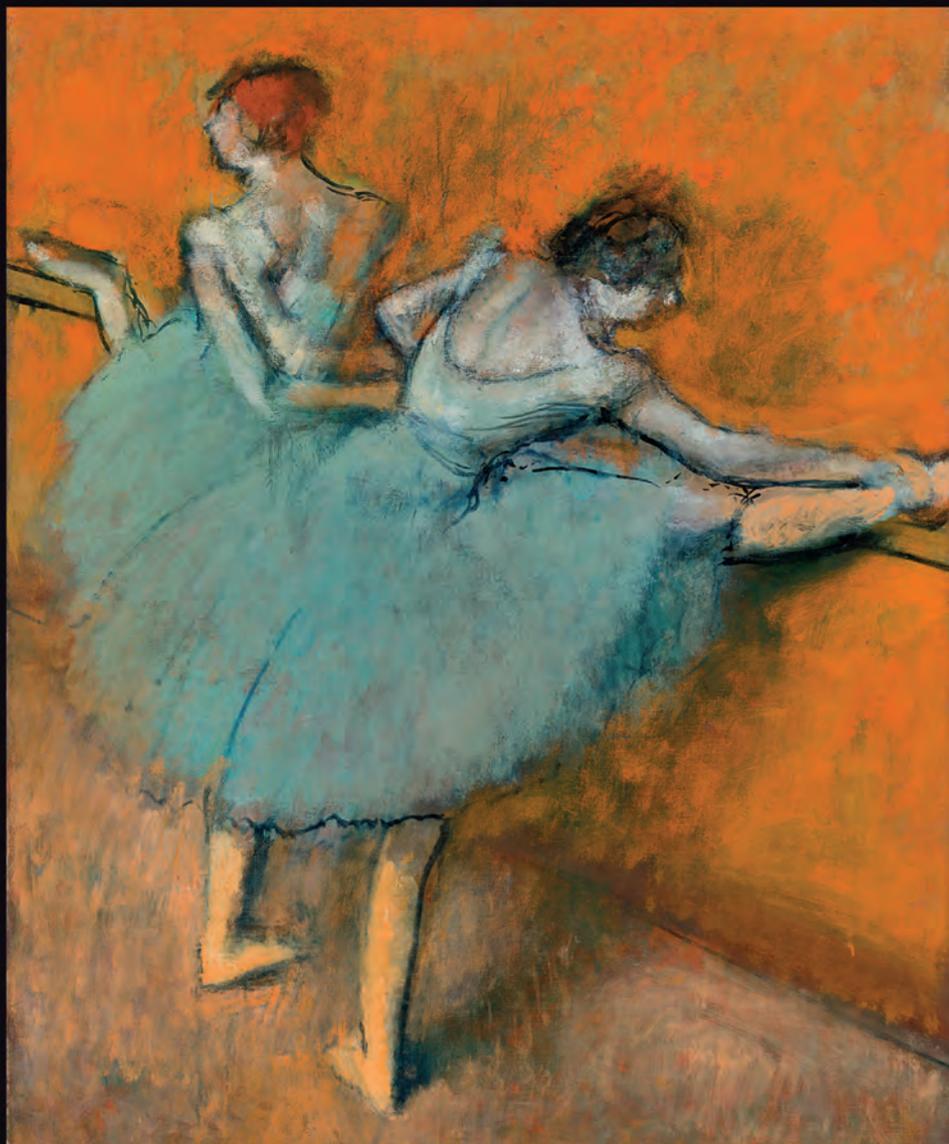
NOVELAS DE ESPÍAS

ARTÍCULOS DE
JUSTO NAVARRO, IGNACIO VIDAL-FOLCH, ANTONIO LOZANO
ALFREDO TAJÁN, ALICIA GIMÉNEZ BARTLETT



IMPRESIONISTAS Y MODERNOS

Obras maestras de la Phillips Collection



Edgar Degas. *Bailarnas en la barra*, c. 1900. The Phillips Collection, Washington D. C.

Exposición organizada por la
Phillips Collection, Washington D. C.,
en colaboración con la
Obra Social "la Caixa"

PHILLIPS
The Phillips Collection

Exposición hasta el 23 de octubre de 2016

Paseo del Prado, 36 • www.CaixaForum.com/agenda

#ImpresionistasYModernos

CaixaForum *Madrid*



Obra Social "la Caixa"

Mercurio es una publicación de la Fundación José Manuel Lara para el fomento de la lectura



Presidente José Manuel Lara García
Vocales Consuelo García Píriz
Antonio Prieto Martín
Directora Ana Gavín

MERCURIO

Director Guillermo Busutil
Subdirector y editor gráfico Ricardo Martín
Editor literario Ignacio F. Garmendia
Coordinadora Carmen Carballo
Consejo Editorial Adolfo García Ortega
Manuel Borrás
Jesús Vigorra
Diseño original y maquetación José Antonio Martínez
Imprime Rotocobrih S.A.U.
Depósito Legal SE-2879-98
ISSN 1139-7705

Mercurio se distribuye gratuitamente en librerías y grandes superficies de ámbito nacional

Más información en:
www.revistamercurio.es

© FUNDACIÓN JOSÉ MANUEL LARA
Edificio Indotorre. Avda. de Jerez, s/n.
41012 Sevilla | Tel: 95 450 11 40
revistamercurio@fundacionjmlara.es

@revistamercurio
 revistamercurio.es

Envío de libros para reseñas:
Revista Mercurio
Fundación José Manuel Lara

Para publicidad en Mercurio:

Marcos Fernández
publimarcos@gmail.com
Tel: +34 660 42 63 77

La dirección de esta publicación no comparte necesariamente las opiniones de sus colaboradores. Tampoco mantiene correspondencia sobre artículos no solicitados



La Obra Social de la Caixa colabora con la revista Mercurio para el fomento de la lectura

Temas



ÓSCAR ASTROMUJOFF

Fondo y formas

Lecturas

Firma invitada

NOVELAS DE ESPÍAS

- 6 Las emociones de la doble vida**— *Justo Navarro*
Dentro de la literatura de espías, reinventada por el británico, John Le Carré se inserta en una tradición honorable: la línea que busca lo fantástico en la imitación de la realidad
- 10 Cinco notas sobre la guerra de propaganda**
— *Ignacio Vidal-Folch*
Como los conflictos de Irak y Siria o la ofensiva yihadista, la batalla entre nazis y soviéticos o entre los dos bloques durante la Guerra Fría se libró también en el plano de la información y las ideas
- 12 De agente soso a celebridad pop**— *Antonio Lozano*
Quizá Ian Fleming pensó originariamente en James Bond como un mecanismo, pero no tardó en darle una serie de atributos que lo convertirían en un icono de la ficción de entretenimiento
- 14 Apóstoles del Mal**— *Alfredo Taján*
La seductora figura de Anthony Blunt, uno de los llamados “cinco de Cambridge” que espionaron para la URSS, ha inspirado a autores como John Banville o George Steiner
- 16 Ah, los perros añejos**— *Ignacio F. Garmendia*
D.H. Lawrence. Paul Valéry. Elena Fortún
- 17 Narrativa.** Ernesto Pérez Zúñiga. Amy Stewart
Marina Perezagua. David Bosc. Hipólito G. Navarro
Eduardo Berti. Robert Aickman
- 24 Ensayo y poesía.** Jonathan Haslam. Virginia Woolf
Sainte-Beuve. David Rieff. Alberto Romero Ferrer
Javier Fernández
- 30 Infantil y juvenil**— Reseñas de *Antonio A. Gómez Yebra*
La liebre y la tortuga / Los protectores
Los ríos que transformaron el mundo / Emilio
- 34 Mujeres espías**— *Alicia Giménez Bartlett*
Detrás de toda gran espía amateur hay un hombre engañado. Lo que ocurre en el interior de esos hombres es bonito: la fuerza del instinto, capaz de anular toda prudencia, ese dejarse llevar por la pasión sin levantar barreras cautelares



JUAN MANUEL
DE PRADA
MIRLO BLANCO
CISNE NEGRO

«Un ajuste de cuentas
conmigo mismo y con el
mundo editorial»
Juan Manuel de Prada



Los dueños del secreto

La publicación en español de las esperadas memorias de John Le Carré, popular seudónimo del británico David Cornwell, invita a revisar tanto su itinerario personal y su celebrada trayectoria literaria como los ingredientes de un género estrechamente vinculado a la Guerra Fría, que se extiende más allá de sus límites históricos —dio frutos antes de la existencia del Telón de Acero y ha seguido dándolos, como prueba el caso del propio Le Carré, después de la caída del Muro— pero alcanzó un auge especial durante los años en los que los países occidentales se enfrentaban a la *amenaza* soviética. Misiones secretas, agentes dobles, engaños, disfraces o lealtades cambiantes definen la atmósfera, a menudo ambigua, de la intriga de espionaje, que toma elementos de la novela negra o de aventuras a los que añade un trasfondo político marcado por el enfrentamiento entre ideologías, batiéndose en un terreno difuso donde no caben los escrúpulos humanitarios y el fin, imponerse al enemigo, justifica todos los medios.

Temprano colaborador de la Inteligencia y funcionario de los servicios secretos hasta que el éxito como escritor, de la mano de *El espía que surgió del frío*, lo llevó a dedicarse exclusivamente a la literatura, Le Carré, como señala Justo Navarro, contribuyó a reinventar el género al retratar a sus protagonistas —George Smiley, Alec Leamas, Harry Pendel— como seres complejos y de rasgos antiheroicos, muy alejados de los estereotipos que difunden las novelas de acción. Para Navarro, el autor sigue la línea representada por Somerset Maugham, Eric Ambler o Graham Greene, de quien admira la búsqueda de valores morales, y ha demostrado su versatilidad antes y después de la desaparición de la URSS, extendiendo una mirada cada vez más crítica a múltiples conflictos y escenarios que lo han llevado a viajar por todo el planeta. “La ficción —sostiene Le Carré— quizá sea el único modo de decir la verdad”, cuando se trata de cuestiones sometidas a la manipulación o las lecturas interesadas.

De ello, de la propaganda o batalla de las ideas, habla Ignacio Vidal-Folch, que se remite a guerras recientes o actuales como las de Irak y Siria sin olvidar la novedad que supone el terror yihadista, pero viaja también atrás en el tiempo para evocar la capacidad organizadora y persuasiva de dos visionarios rivales, el nazi Goebbels y el comunista Münzenberg —capaces de atraer o de engañar a amplios segmentos de la población en la era de la comunicación de masas—, o la gélida e impecable eficacia del famoso infiltrado Kim Philby, huido a Moscú cuando se descubrió su doble juego. Menos conocida que la de Philby, pero igualmente fascinante, es la figura de otro de los miembros del grupo de los “cinco de Cambridge”, el exquisito Anthony Blunt, caracterizado por Alfredo Taján como un hombre de gran talento y sólida formación artística que hasta cierto punto, dada su profesionalidad, hizo de la traición un arte.

Y está por supuesto Bond, James Bond, la celeberrima criatura de Ian Fleming —también con experiencia en los servicios secretos— que como dice Antonio Lozano se ha convertido en un verdadero icono pop, próximo al imaginario de los superhéroes pero con *debilidades* muy humanas. Las mismas, escribe con humor Alicia Giménez Bartlett, de las que se aprovechan las reales o ficticias colegas de Mata Hari, siempre bellas e irresistibles, aunque sea más difícil imaginar —tampoco había hasta hace poco mujeres en posiciones de poder— los ejercicios de seducción a la inversa.



La novela de espías es un género estrechamente vinculado a la Guerra Fría, que se extiende más allá de sus límites históricos pero alcanzó un auge especial durante los años en los que los países occidentales se enfrentaban a la ‘amenaza’ soviética

TEMAS

NOVELAS DE ESPÍAS

Dentro de la literatura de espías, reinventada por el británico, John Le Carré se inserta en una tradición honorable: la línea que busca lo fantástico en la imitación de la realidad

LAS EMOCIONES DE LA DOBLE VIDA

JUSTO NAVARRO

Una vez David Cornwell, alias John Le Carré, vio cómo un individuo con pinta de acabado contaba monedas antes de atreverse a pedir un whisky en un aeropuerto: ese hombre le serviría de modelo para crear en 1963 a Alec Leamas, el protagonista de *El espía que surgió del frío*, su tercera novela, un fenómeno de masas, treinta y cinco semanas seguidas número uno en la lista de libros más vendidos del *New York Times*. Cornwell, de repente escritor millonario, abandonó su trabajo en los servicios secretos británicos. Martin Ritt dirigiría en 1965 la adaptación cinematográfica de *El espía...*, con Richard Burton y Claire Bloom como estrellas de una angustiada película en blanco y negro. La sombra del espía surgido del frío había nublado de pronto al fabuloso James Bond.

Alec Leamas no es un superhéroe como Bond. A su amante, antes de llevarla al desastre, le confesaba que los espías son gente sórdida y con mala pinta, borrachos, tristes funcionarios que juegan a indios y cowboys para iluminar un poco sus vidas. Además de incompetentes, serían cínicos,

sin convicciones en el fondo, es decir, propensos a la traición. No hay buenos y malos. No hay diferencia entre espías de campos opuestos: como en una pelea en el fango, todos los contendientes salen sucios. Cuando la Inteligencia británica apareció en las historias de Le Carré practicando las mismas perversiones que el enemigo, el hasta entonces funcionario de los servicios secretos David Cornwell provocó la irritación de algunos de sus compañeros de trabajo. No faltó, incluso, quien sugirió posibles connivencias con el bando soviético.

Desertores literarios

A Kim Philby, legendario agente británico que en 1963, el año de *El espía que surgió del frío*, admitió su condición de infiltrado al servicio de la URSS, le gustaban las novelas de Le Carré. Se lo dijo a su amigo Graham Greene en 1982. Desde Moscú le escribió que las tramas de John Le Carré le resultaban más complicadas que las que él conocía por su rica experiencia en los servicios secretos, pero que eran una bue-





ÓSCAR ASTROMUJOFF

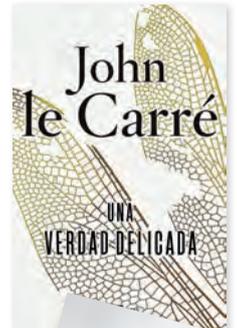
na lectura después del absurdo sinsentido de James Bond. Y Philby era consciente del rechazo que le merecía a Le Carré, para quien solo era un adicto a la traición y a las emociones de la doble vida. ¿Qué opinaba Graham Greene de *El espía que surgió del frío*? La definió como “la mejor historia de espionaje que he leído nunca”. Greene pertenecía a la hermandad de lo que Le Carré llama “desertores literarios”, esos escritores que alguna vez fueron agentes secretos.

David Cornwell nació en 1931; su alias artístico, John Le Carré, en 1961, cuando publicó *Llamada para el muerto*, un com-

Alec Leamas no es un superhéroe como Bond. A su amante, antes de llevarla al desastre, le confesaba que los espías son gente sórdida y con mala pinta, borrachos, tristes funcionarios que juegan a indios y ‘cowboys’ para iluminar un poco sus vidas

Cuando la Inteligencia británica apareció en las historias de Le Carré practicando las mismas perversiones que el enemigo, el hasta entonces funcionario de los servicios secretos provocó la irritación de algunos de sus compañeros de trabajo

binado de espías y novela criminal. Desde sus tiempos de estudiante preuniversitario en Berna, en 1949, colaboró con los servicios de Inteligencia de su país, asistiendo a reuniones de grupos de izquierda, e informando sobre posibles participantes británicos, checos y húngaros. Crecía el miedo al monstruo soviético. Empezaba la Guerra Fría. Durante su servicio militar en Austria el joven Cornwell interrogó a los refugiados que cruzaban ilegalmente la frontera para huir del territorio bajo hegemonía rusa. En Oxford siguió disfrutando de lo que le criticaba a Philby: las emociones de la doble vida. Frecuentó el club comunista de la universidad. Hizo amigos entre sus condiscípulos izquierdistas. Informaba al MI5, los servicios de





John Le Carré y su criatura George Smiley tienen una idea parecida del funcionario de los servicios secretos: un espía es alguien que, “evitando cualquier reacción espontánea”, debe eludir “las tentaciones de la amistad y la lealtad”

El diario ‘The Guardian’ consideró a Le Carré un cronista de su época. El propio escritor declara haber sentido siempre pasión por el momento histórico en el que vive, y Tom Wolfe ha celebrado su capacidad para captar el espíritu de los tiempos

contraespionaje interior. “Hice cosas moralmente repugnantes, pero necesarias”, declararía más tarde. Pidió el traslado al MI6, la Inteligencia en el exterior, y se vio en la embajada de Bonn, disfrazado de diplomático.

Vender el alma

Un crítico resumió en una frase el significado de la irrupción literaria de John Le Carré: establecía un nuevo parámetro con el que juzgar a las novelas de espionaje. Transformaba de raíz el género y el modelo de los héroes de ficción. Ni el maestro de espías George Smiley ni el trágico Alec Leamas, a quien un Smiley impasible vio perderse en Berlín al pie del Muro, disfrutaron de los dones físicos, sexuales, materiales y tecnológicos de semidioses como James Bond y su multitud de imitaciones. Smiley era anodino, impersonal, “parecido a una rana”. Así se le describía en su primera aparición, en *Llamada para el muerto*: “Cara carnosa, con gafas, crispada y enérgicamente abstraída al sumergirse en la lectura de los poetas menores alemanes”. Si la relación de 007 con los libros se reduce fundamentalmente a que guarda su pistola Walther PPK en el volumen *La Biblia concebida para ser leída como literatura*, Smiley siente devoción, compartida con Le Carré, por la poesía alemana del

siglo XVII. Si Bond es irresistible para las mujeres, a Smiley lo dejó su mujer a los dos años de la boda “por un cubano campeón automovilístico”.

John Le Carré y su criatura George Smiley no solo coinciden en sus gustos literarios. Tienen una idea parecida del espionaje profesional. ¿Qué es un funcionario de los servicios secretos? Alguien que, “evitando cualquier reacción espontánea”, debe eludir “las tentaciones de la amistad y la lealtad”, como explicaba Smiley en una de sus charlas a los nuevos agentes. “Los previno contra la muerte de su naturaleza íntima como resultado de manipular a sus semejantes y eliminar sus sentimientos naturales”, escribió Le Carré en *El peregrino secreto* (1990). Y seguía hablando Smiley: “No se les ocurra pensar que van a salir incólumes de los métodos que utilicen. El fin puede justificar los medios; de no darlo por supuesto, imagino que no estarían aquí. Pero hay que pagar un precio, y el precio acaba siendo uno mismo”. A eso se le llama “vender el alma”.

Cazador de infiltrados

Dentro de la literatura de espías Le Carré se inserta en una tradición honorable: la línea que busca lo fantástico en la imitación de la realidad. Pienso en Somerset Maugham, Eric Ambler y Graham Greene. Las afinidades entre Greene y Le Carré son visibles en sus obras. Le Carré partió de una sátira magistral de Greene, *Nuestro hombre en La Habana* (1958), para inventar a Harry Pendel, el héroe embustero de *El sastre de Panamá* (1996). En 1978 Graham Greene publicó una novela muy triste, *El factor humano*, sobre la mecánica de los servicios secretos y la intimidad de un infiltrado, de un traidor. A los altos funcionarios de la Inteligencia británica “no solo los retrataba como idiotas, sino también como asesinos”, comenta con ironía John Le Carré en *Volar en círculos*, una selección de recuerdos sobre distintos momentos de su vida que aclaran el sentido y la dirección de su trabajo literario.

Cuando Greene indagaba en la conciencia de un traidor, dirigía hacia el interior de un individuo la mirada que Le Carré había puesto en la lógica de la infiltración y el juego de los agentes dobles: sin *El topo* (*Tinker, Tailor, Soldier, Spy*, 1974) es difícil pensar en *El factor humano*. La época en la que David Cornwell sirvió en el MI5 y el MI6 fue propicia a las sospechas, la deslealtad y la desertión. Escribiendo *El topo*, “la turbia lámpara de Kim Philby iluminó mi camino”, explica Cornwell-Le

Carré en *Volar en círculos*. Pero él mismo había desempeñado labores parecidas a las de Smiley, detector de infiltrados, interrogador de sospechosos como el cazador de replicantes de la película *Blade Runner*. Estaba dotado para, en *Un espía perfecto* (1986), seguir la vía abierta por *El factor humano* hacia la vida interior de un agente doble, Magnus Pym. Lo raro es que el agente doble asumía rasgos del propio Cornwell, alias Le Carré, hijo como Pym de “un millonario indigente”, un estafador profesional, protagonista de algunas de las mejores páginas de *Volar en círculos*. Philip Roth calificó *Un espía perfecto* como la mejor novela inglesa posterior a la Segunda Guerra Mundial.

Pasión de la época

Entonces acabó la Guerra Fría entre la OTAN y el Pacto de Varsovia, y hubo quien dijo que el derrotado era John Le Carré, que había perdido su guerra y se había quedado sin mundo para sus novelas. El KGB y la Unión Soviética, los enemigos de George Smiley y compañía, desaparecieron. ¿Representaba el fin de la Guerra Fría el final de todas las guerras, del espionaje y de la traición? Una vez el diario *The Guardian* consideró a Le Carré un cronista de su época. El propio escritor declara haber sentido siempre pasión por el momento histórico en el que vive, y Tom Wolfe ha celebrado su capacidad para captar el espíritu de los tiempos. David Cornwell se dedicó a escribir novelas de espías porque el espionaje era el género literario idóneo para los años del enfrentamiento ruso-americano. Si en una primera etapa utilizó como material narrativo algo de sus experiencias como funcionario de los servicios secretos, el núcleo de sus novelas superó siempre lo personal para convertir en fábula la actualidad, la geopolítica, ese gran mundo que, sin embargo, cabe en un periódico, en una mesa de despacho o en la pantalla de un ordenador que puede ser un teléfono móvil.

Acabada la Guerra Fría, John Le Carré siguió escribiendo novelas periodísticas. Antes de la liquidación de la URSS ya había ampliado sus escenarios a Líbano, Palestina e Israel, el Extremo Oriente. El curso de los años fue cambiando los titulares de las primeras páginas y los telediarios, y nuevos campos de batalla surgieron en África, Centroamérica, Europa Oriental y Asia. A la imaginación la actualidad no le regateaba combustible para nuevas novelas: las narraciones de intriga y aventuras se han alimentado siempre de las noticias sensacionales de los periódicos hasta el

punto de que a veces es difícil discernir cuándo la ficción prolonga la información, y cuándo sucede al revés. Lo peculiar en John Le Carré es su voluntad narrativa de que el mundo real reemplace en lo posible al imaginario y depure cualquier fantasía producto de la propaganda difundida como verdad periodística.

En *Volando en círculos* cuenta algunos de sus trabajos y viajes para documentarse exhaustiva y, alguna vez, peligrosamente sobre los conflictos que trata en sus novelas. “Me juré que nunca ambientaría una escena en un lugar que no hubiera visitado antes [...]. Los países también son personajes”. Le Carré recuerda una advertencia de Graham Greene: si quieres hablar del dolor humano, tienes el deber de compartirlo. ¿Por qué admira a Greene? Porque busca valores morales en historias de aventuras.

El indignado

John Le Carré ha fabulado sobre las mafias rusas, el comercio de armas y el lavado de dinero, la compraventa de influencias, los crímenes de las compañías farmacéuticas en Kenia, la manipulación de activistas radicales para justificar y alimentar la Guerra contra el Terror. En 2004, en una entrevista para el *New York Times*, resumió su visión de lo que significa escribir novelas: “Las mentiras que han difundido son tantas y tan persistentes que la ficción quizá sea el único modo de decir la verdad”. Los espías profesionales y funcionariales de su primera época cedieron el protagonismo a diplomáticos, periodistas, intérpretes, escritores, inocentes enredados a pesar suyo en intrigas criminales como sucedía en las historias de Eric Ambler o en las películas de Alfred Hitchcock.

En su novela más reciente, *Una verdad delicada* (2013), la trama se centraba en Gibraltar, donde supuestamente se oculta un peligroso extremista islámico. Le Carré se asomaba a un universo en expansión: el de las empresas privadas con contratos militares con el Estado. Cuando el espionaje y la guerra se transforman en inversión y negocio, Le Carré vislumbra el paulatino deslizamiento del capitalismo hacia el fascismo, según la definición que daba del fascismo su creador, Mussolini, a quien se remite: “En el fascismo no se puede distinguir el poder de las empresas del poder del Estado”. Tienen razón los que creen que la pura indignación moral, la contundencia militante del último John Le Carré ha desplazado las ambivalencias y matices morales que enriquecían a Smiley, a su gente y a sus enemigos.



OSCAR ASTROMUJOFF

Como los conflictos de Irak y Siria o la ofensiva yihadista, la batalla entre nazis y soviéticos o entre los dos bloques durante la Guerra Fría se libró también en el plano de la información y las ideas

CINCO NOTAS SOBRE LA GUERRA DE PROPAGANDA

IGNACIO VIDAL-FOLCH

1 Recuerdo aquellas noticias alarmantes según las cuales el ejército de Irak era el cuarto más poderoso del mundo y una amenaza para la región y para la Humanidad en general (pero no, como se vio, para el ejército invasor); las grotescas y repetidas visitas de los inspectores de la ONU en busca de armas de destrucción

masiva... Echando ahora una mirada retrospectiva me quedo perplejo: cómo es posible que (algunos) leyésemos todas esas patrañas y que aceptásemos que una invasión a sangre y fuego se llamase “Libertad duradera”...

Nunca me hubiera acabado de creer la naturaleza puramente cínica de esos

escrúpulos virtuosos para justificar “Libertad duradera” si no hubiera aparecido en televisión el presidente de los Estados Unidos, George Bush, en una película humorística que se proyectó en la cena anual de los corresponsales de radio y televisión. Se veía a Bush en el Despacho Oval, a cuatro patas bajo su escritorio, diciendo: “Esas armas de destrucción masiva tienen que estar en algún sitio”... Luego buscaba en un armario, “No, aquí no hay armas, quizá aquí abajo”... Los periodistas se tronchaban.

2 Cuando Obama quiso también destronar a su tirano, eligió al pérfido Assad de Siria. Para cargarse de razones mencionó unos gases letales con los que Assad asfixiaba a sus propios súbditos. Aunque sonaba a la reaparición de las “armas de destrucción masivas” posiblemente hubiera colado y hoy Siria ya estaría en manos del Estado Islámico, si Putin no se hubiera opuesto con firmeza y si no hubiera entrado en el escenario otro *quantum* de contrapropaganda: el vídeo en el que un comandante “rebelde” llamado Abu Sakkar abría en canal el cadáver de un enemigo y dándole un mordisco al corazón juraba que eso mismo lo iba a hacer con todos los partidarios de Assad que pillase. Aquellos “rebeldes” daban más miedo que el mismo régimen...



3 Para Occidente la bestialidad primitiva resulta intolerable —preferimos las armas “limpias” y los muertos invisibles—, y no hubiéramos imaginado que para otros es un excelente banderín de enganche. Los videos de degollamientos, fusilamientos y decapitaciones de prisioneros que periódicamente cuelga en la red el Estado Islámico son elocuentes para aterrorizar al adversario, y también para seducir a potenciales adeptos en las ciudades occidentales, que los contemplan con deleite y con la sensación de participar, siquiera pasivamente, en un acto de venganza y de justicia finalmente “real” entre tanto simulacro y frustración. La voz en *off* que en esos videos acompaña y explica las ejecuciones “es de una nobleza de tono y de fraseo que choca con todo lo que

suele oírse en Internet, el tuteo informal que practican los *ciudadanos reporteros*: los publicistas yihadistas casi copian la exigente dicción del recitado coránico”, un recitado que es puro arte sacro. Estas sensaciones son realzadas y enriquecidas por el sentimiento de superioridad que suele conferir la clandestinidad y la transgresión hacia lo prohibido. El lingüista francés Philippe-Joseph Salazar lo analiza así en *Palabras armadas*, su libro sobre cómo el Estado Islámico está ganando la guerra retórica porque no nos queremos presentar en el campo de batalla de la propaganda.

4 En los años de entreguerras se libró en Europa una gran guerra de propaganda entre Moscú y Berlín. Willi Münzenberg, jefe de propaganda para Occidente de la Komintern (la Internacional Comunista) se disputaba los corazones de los europeos con el ministro alemán de Educación y Propaganda Joseph Goebbels, dos reyes de la información, la contrainformación y la desinformación que tenían a su disposición grandes recursos financieros, periódicos, agencias de noticias, editoriales, antenas de radio, e inventaron sobre la marcha las pautas de la propaganda moderna. Ambos fallecieron de manera trágica: por orden de Stalin

Los videos de fusilamientos y decapitaciones de prisioneros que periódicamente cuelga en la red el Estado Islámico son elocuentes para aterrorizar al adversario, y también para seducir a potenciales adeptos en las ciudades occidentales

Münzenberg y Goebbels, dos reyes de la información, la contrainformación y la desinformación, tenían a su disposición grandes recursos financieros e inventaron sobre la marcha las pautas de la propaganda moderna

Münzenberg fue asesinado en 1940 en un bosque, por sus propios camaradas, con los que acababa de evadirse de un campo de concentración francés; y pocos años después Goebbels se suicidó a la puerta del búnker de la Cancillería del Berlín ya tomado por los ejércitos rusos.

A principios de los años treinta y durante toda la guerra Goebbels fue un orador muy convincente para oídos no excesivamente exigentes, como suelen ser los de las masas; su voz se iría haciendo más ominosamente agresiva según avanzaba la guerra y se aproximaba la derrota, mas al principio era “elegantemente destilada, tersa, disciplinada”, según Jünger, que dejó muy pronto de escucharla porque tanto en público como en privado Goebbels prodigaba los clichés; pero ¿qué otra cosa es la propaganda en los mítines sino la destilación melodiosa de clichés eficientes?

Doctor en Filosofía por la universidad de Heidelberg, escritor frustrado que no llegó a publicar, el ministro puso todas las herramientas culturales al servicio de la propaganda. En cambio Münzenberg no tenía formación académica, era “de aspecto tosco, solo hablaba alemán, era incapaz de escribir un párrafo coherente”, según cuenta en sus memorias Koestler que trabajó durante algún tiempo a su servicio, en París, y le admiraba. Willi

era en persona tosco, pero también era un generador de ideas que realizaban sus colaboradores a través de organizaciones y suborganizaciones cuya naturaleza real estaba enmascarada tras sus objetivos benéficos, solidarios, caritativos, en favor de causas nobles, y que iban insinuando en amplias capas de la burguesía europea la simpatía hacia la URSS y el marxismo-leninismo. La activista comunista Ruth Fischer, cuando cambió de bando, le reconoció sus méritos: “el éxito con que se difundieron las tendencias comunistas entre socialdemócratas y liberales, los millares de escritores y pintores, de médicos y abogados que cantaron una versión diluida de las directrices de Stalin, todo eso tiene sus raíces en la Ayuda Internacional de Willi Münzenberg”.

Se dice que uno de los fichajes de Münzenberg para el espionaje soviético fue Kim Philby, el más talentoso y eficiente de los “cinco de Cambridge” infiltrados en los servicios secretos británicos, que pasó ingente cantidad de información a Moscú y llevó a la muerte a docenas de sus camaradas antes de ser descubierto y fugarse a la URSS.

5 Ya que no en la realidad —dimensión en la que Philby le causó daños prolongados e irreparables—, Gran Bretaña se vengó en la ficción, con las novelas y las exitosas películas de las aventuras de James Bond, donde los espías soviéticos y búlgaros con los que se enfrentaba este agente de Su Majestad Británica, omnipotente y pertrechado con avanzadísimos artilugios técnicos que subliminalmente venían a celebrar la superioridad occidental en el dominio del mundo material y de los bienes de consumo, eran malísimos y siempre perdían. El mismo año en que Philby se fugaba a Moscú se estrenó *Desde Rusia con amor*, la segunda película de la serie Bond. El poder seductor y desmoralizador de aquellas novelas y películas llegó a preocupar tanto a la KGB que encargó al novelista búlgaro Andrei Gulyashi que crease un héroe comunista para plantar cara y darle su merecido a Bond. Gulyashi se aplicó a la tarea y escribió la novela *Avakum Zhakov contra 07* (“07”, y no “007”, para driblar el *copyright* británico y la denuncia por plagio). Esta vez el secuestrador de un científico despistado y genial, el asesino sin escrúpulos, no era un agente soviético: era James Bond, que adecuadamente parecía, derrotado en la última lucha contra Zhakov, precipitándose al abismo desde un iceberg en la Antártida. Son como niños.

Quizá Ian Fleming pensó originariamente en James Bond como un mecanismo, pero no tardó en darle una serie de atributos que lo convertirían en un icono de la ficción de entretenimiento

DE AGENTE SOSO A CELEBRIDAD POP

ANTONIO LOZANO

El 15 de enero de 1952 Ian Fleming se despertó en su villa jamaicana de Goldeneye dispuesto a escribir la historia de espías que acabaría con todas las historias de espías. Primero, sin embargo, se dio un baño en el mar y desayunó unos huevos revueltos. Tenía 44 años cuando empezó a teclear la apertura de *Casino Royale* —“El olor, el humo y el sudor en un casino resultan nauseabundos a las tres de la madrugada”—, finalizada tres meses después, a razón de cuatro horas diarias de trabajo, hasta alcanzar las dos mil palabras, con pausas para practicar *snorkel* y tomarse unos *cocktails*. A los 56 moriría dejando atrás catorce libros —doce novelas y dos libros de relatos— elaborados siguiendo el mismo ritual. Y si bien no acabó con la novela de espías, sí que dio con la formulación del agente secreto más popular de todos los tiempos, transfiriéndole una distinción que le venía de cuna, mientras que el músculo y la acción fue una proyección de sus fantasías. Perteneciente a una familia de alcurnia —el patriarca, Robert Fleming, amasó una gran fortuna invirtiendo en la construcción de la línea férrea estadounidense—, educado en centros de prestigio tanto en Inglaterra como en el extranjero, trabajador de la banca y agente de Bolsa tirando a mediocre, Fleming habría sido una rama más dentro de un acaudalado árbol genealógico dedicado a las finanzas de no haberse cruzado en su camino la

Segunda Guerra Mundial. Ejercer de asistente de un almirante de la Marina desde un despacho del departamento de Inteligencia Naval le llevó a participar en el diseño de multitud de operaciones contra las potencias del Eje, familiarizándolo con problemáticas y tácticas, ambientes y tipos, que alimentarían sus obras de ficción.

James Bond se construyó a partir de la suma de diversos agentes secretos que

James Bond se construyó a partir de la suma de diversos agentes secretos que su responsable conoció durante la guerra y los albores de la Guerra Fría, y debe su nombre a un ornitólogo, célebre por una guía sobre las aves de las Indias Occidentales

En un sentido metafísico, Bond es una suerte de dios al tener la potestad de decidir sobre la vida de otras personas. Es además un soldado, solo que en vez de uniforme militar, luce ‘smokings’, y en vez de un tanque o un caza, pilota un Aston Martin

su responsable conoció durante la guerra y los albores de la Guerra Fría, y debe su nombre a un ornitólogo americano, célebre en su campo por haber publicado la guía definitiva sobre las aves de las Indias Occidentales. Supone una jugosa ironía que un modelo heroico que concentra todo un conjunto de virtudes envidiadas



por los de su género —valentía, fuerza, ingenio, labia, *sex appeal*...—, al tiempo que supone un epítome de la fantasía sexual femenina, fuera concebido con la idea utilitaria de servir como mero peón a partir del cual lanzar un conjunto de peripecias. Así lo confesó su creador en una entrevista concedida al semanario *The New Yorker* en 1962. “Cuando empecé con el personaje quería que Bond fuera extremadamente soso y falto de interés, un hombre al que le ocurrían cosas”.

Quizá Fleming pensó originariamente en su agente del MI6, amén de comandante en la reserva de la Marina Real igual que él, como un mecanismo, pero no tardó en rellenarlo con una serie de atributos que pavimentarían su conversión en un icono de la ficción de entretenimiento. En un sentido metafísico, Bond es una suerte de dios al tener la potestad de decidir sobre la vida de otras personas. Su calidad de agente con el máximo grado de entrenamiento y autorización, le otorga esa “licencia para matar” que, traducida a código, es el doble



OSCAR ASTROMUJOFF

ceros que identifica su rango (el 7 indica que fue el séptimo en recibirla). Bond es un soldado, solo que en vez de uniforme militar, luce *smokings*, y en vez de un tanque o un caza, pilota un Aston Martin. En un sentido antropológico, Bond es un macho alfa. Sus atributos son los propios del líder de la manada: decidido, arrojado, alerta, dispuesto a batirse el cobre por los suyos... En un sentido cultural, Bond es una versión sui géneris del superhéroe pop. Con sus fuerzas y sus recursos sale al auxilio de la humanidad y completa exitosamente buenas causas/hazañas vetadas al común de los mortales, esto queda en evidencia a través de dos factores: 1) Su tendencia a mantener una doble identidad. Al ser enviado a una misión especial, adopta una falsa como tapadera. El espía supone la versión más terrenal y rasa del superhéroe. Bond no cuenta con un traje mágico ni con poderes que no son de este mundo, pero sí con una serie de *gadgets* de tecnología punta. 2) Los archienemigos de 007 se miran en el espejo de los grandes

villanos de los superhéroes. La malignidad y excentricidad de unos y otros son parejas. Las grutas subterráneas donde urden sus fechorías el Dr. No y el Lex Luthor de la serie *Superman* podrían haber tenido detrás al mismo diseñador de interiores.

Sin embargo, más que todas las cuestiones sesudas que analizó Umberto Eco en su aproximación semiótica a 007, son los detalles que envuelven al personaje, los elementos que adornan su carácter y los ambientes en que se mueve, los que han calado más hondamente en el imaginario colectivo, cimentando su naturaleza pop y perpetuando su popularidad. Entre las aficiones de Ian Fleming estaban los coches deportivos, el golf, los viajes, y las mujeres guapas. A través de su célebre creación literaria sublimó un modo de vida desenfadado y lujoso, que servía de contraprestación por todos los sacrificios realizados sirviendo a la reina. Aunque huérfano y puntualmente dado a algún devaneo melancólico —la honda introspección psicológica no llegaría hasta los

últimos títulos de su encarnación cinematográfica bajo los rasgos de Daniel Craig—, James Bond es un hedonista nato, un *bon vivant* que sabe cómo se sirve un buen martini y la temperatura idónea del *champagne*. Pese a que la corrección política haya podido censurar el sexismo del personaje por la representación de la mujer como instrumento para su desahogo sexual, o como némesis psicópata, la belleza femenina constituyó, junto al exotismo de ciertas localizaciones, la piedra angular de una estrategia de generación de envidia/sueño emulador que explica en gran medida el alcance del mito. Los espías de Graham Greene, John Le Carré o Eric Ambler acarreaban traumas y dudas morales, el de Fleming saltaba a la siguiente misión sin cicatrices, o las purgaba en manos de alguna rubia, o las ahogaba en el fondo de una copa de Bollinger. Para él, la Guerra Fría fue menos fría.

Ian Fleming, que fue periodista en la Agencia Reuters y *The Sunday Times*, aspiró a escribir *thrillers* con el corazón literario, conduciendo a la novela de espías a ese mismo maridaje de lo lúdico y lo sofisticado que sus admirados Chandler y Hammett habían conseguido para el género negro. En 2008, con motivo de la celebración de los fastos por el centenario del nacimiento del

autor, se estimó que se llevaban vendidos más de cien millones de ejemplares de sus libros y que la mitad de la población del planeta había visto al menos una película de James Bond. La marca Bond —celosamente controlada por las sobriñas del escritor, directoras de la empresa Fleming Family & Partners, con oficinas en Londres, Moscú, Zúrich, Vaduz y Hong Kong— ha seguido viva hasta hoy con novelas autorizadas que resucitan al agente —la primera fue *Colonel Sun* de Kingsley Amis en 1968— y no autorizadas, *blockbusters* en la pantalla grande, *spin-offs* editoriales —Moneypenny tiene su propia serie—, incontables parodias (*Austin Powers*) y revisiones anabolizadas (*Jason Bourne*). La maleabilidad de 007, su capacidad de ir mutando sin perder el alma, es lo que lo convierte en un clásico y lo hace eterno. Y luego están los fenómenos cuasi paranormales, en los que ya no profundizaremos: John Fitzgerald Kennedy y Lee Harvey Oswald leyeron sus aventuras en la víspera del magnicidio de Dallas.



ÓSCAR ASTROMUJOFF

La seductora figura de Anthony Blunt, uno de los llamados “cinco de Cambridge” que espionaron para la URSS, ha inspirado a autores como John Banville o George Steiner

APÓSTOLES DEL MAL

ALFREDO TAJÁN

No se sabe a ciencia cierta el momento en que el crítico de la revista *The Spectator*, historiador de arte y riguroso catalogador de obras, sir Anthony Blunt (1907-1983), fue reclutado por el servicio de espionaje soviético. La historia oficial, hasta 1979, año en que fue denunciado como espía y traidor en el Parlamento, por la patriota Margaret Thatcher, es que Blunt era el discípulo más aventajado del gran Aby Warburg —ya saben: “Dios se esconde en los detalles”— y en muchos aspectos

había superado a su maestro, al menos en cuanto a pedagogía educativa, compilación, memoria y retentiva. Lo cierto es que su catálogo sobre Nicolas Poussin, y el exhaustivo inventario de los dibujos venecianos de la colección real, *The Collection of H.M. The Queen at Windsor Castle*, situaron a Blunt en un territorio que iba más allá de la escrupulosa piratación y se extendía al de la integridad moral. Por ese motivo el descubrimiento de su desafección, o de sus dobles y triples traiciones, avergonzó a especialistas y no especialistas, *urbi et orbi*.

Hijos de una época difícil, que abarcó la primera y segunda posguerras (1935-1965), Anthony Blunt y sus cuatro compañeros —Kim Philby, Guy Burgess, Donald Maclean y John Cairncross—, a los que podríamos sumar otros cuantos, pretendieron dar la vuelta a la Historia pactada, alterar el equilibrio Este/Oeste, con una astucia maniobrera desbaratada por pequeñas minucias. Recuerdo una escena de la succulenta novela que John Banville dedicó a Blunt, *The untouchable* (*El intocable*, Anagrama, 1997) en la que el traidor, en el gabinete privado de Jorge VI y ¡con el propio monarca junto a él fumando en pipa!, fotografía unos documentos *strictly confidential*, y va pasando impasible las hojas secretas mientras engatusa al monarca acerca de los delicados dibujos italianos que poseen los Windsor, que considera dignos de ser expuestos en el Museo Británico, para mayor gloria del Imperio.

George Steiner en el soberbio ensayo *The Cleric of Treason*, publicado en *The New Yorker* en diciembre de 1980 (*El erudito traidor*, Siruela, 2009), enumera las causas que llevaron a un prestigioso profesor a la abyección delatora, y destaca la obsesión de Blunt por que el acervo artístico no estuviera sujeto a las normas del mercado ni del mecenazgo, “lo que solo podía conseguirse a través de un comisario soviético o en el México revolucionario de los muralistas Orozco y Rivera”. Steiner añade la tendencia homoerótica de estos espías, inoculada en los jardines de Cambridge, a través de hermandades célibes como la de los *Apóstoles*, que propiciaban una visión utópica de la vida, fase imprescindible en todo inglés de clase alta “que se extinguía con la luz estival”, y el alcoholismo crónico, según Cyril Connolly “vaporoso y casi intangible” de la desesperanza.

La peripecia de Anthony Blunt resulta la más sofisticada. Sin embargo, Kim Philby (1912-1988), el único heterosexual junto a Cairncross, dibuja el canon; su legendaria profesionalidad se acrecentó dada su capacidad de desaparecer y aparecer como por arte de magia. Hasta que desapareció del todo en 1963 y saludó al MI5 desde Moscú. Su aire de mito lo adereza Graham Greene, al que inspira los personajes de *El tercer hombre* y *El factor humano*, y Orson Welles y James Mason, que lo utilizan como modelo en sus creaciones para la gran pantalla. Los restantes, el escandaloso Guy Burgess, el depresivo Donald Maclean, no obstante, magníficos perjuros, desertaron a la URSS en 1951 y merecen otro artículo, lo mismo que el mediocre John Cairncross, el llamado *quinto hombre*, un ser anodino que no merece ninguno.

IV CENTENARIO DE LA MUERTE DE D. MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA 1616-2016

Con motivo del IV aniversario de la muerte del más ilustre de los escritores españoles, la Real Casa de la Moneda, pone a su disposición una carterita con una moneda en Plata, y le dedica su euroset de 2016



**CARTERITA
DE MONEDA DE 30 €
EN PLATA DE LEY
P.V.P. 52 €**



**CARTERITA
EUROSET 2016
P.V.P. 26 €**

**EUROSET PROOF
2016
P.V.P. 70 €**

* En estos precios está incluido el IVA y son válidos en el momento de la publicación del anuncio, que podrán ser modificados en función de las cotizaciones de los metales o de los impuestos aplicables.

La Tienda del Museo
Doctor Esquerdo, 36
28009 - Madrid
Tel.: 91 566 65 42 - 91 566 67 92
Fax: 91 566 66 96

Julián Llorente
Espoz y Mina, 15
28012 - Madrid
Tel.: 91 531 08 41
Fax: 91 531 10 92

Lamas Bolaño
Gran Vía, 610
08007 - Barcelona
Tel.: 93 270 10 44
Fax: 93 302 18 47

**División
de Venta a distancia
de El Corte Inglés**
Tel.: 902 103 010
www.latiendaencasa.es

Tienda del Aeropuerto
Adolfo Suárez
Madrid-Barajas
Terminal 1 - Zona No Schengen
Tel.: 91 305 55 29

Edifil
Bordadores, 8
28013 - Madrid
Tel.: 91 366 42 71
Fax: 91 366 48 21

Edifil
Diputació, 305
08009 - Barcelona
Tel.: 93 487 02 00
Fax: 93 487 03 92

**Comercios Numismáticos
y Filatélicos**

www.fnmt.es/tienda



Real Casa de la Moneda
Fábrica Nacional
de Moneda y Timbre

VISITE EL MUSEO DE LA REAL CASA DE LA MONEDA

Ah, los perros añejos

Demonizado en vida por los puritanos y a la vez menospreciado por los árbitros del buen gusto, entre quienes se encontraban autores prestigiosos como **T.S. Eliot** o **Virginia Woolf** que calificaron, no sin razón, su literatura de desmañada, **D.H. Lawrence** tuvo también defensores cualificados como **E.M. Forster** o **Aldous Huxley** que supieron ver el genio tras los modos excesivos y cierta incontinencia verbosa, extensible al plano de las ideas que el escritor, imbuido de su condición de profeta, defendía con singular vehemencia. Irremediamente simpatizamos con el “peregrino salvaje”, adscrito a un vitalismo de corte paganizante, que reivindicaba los instintos y la vuelta a la naturaleza, aunque su escandalosa defensa de la libertad sexual de la mu-

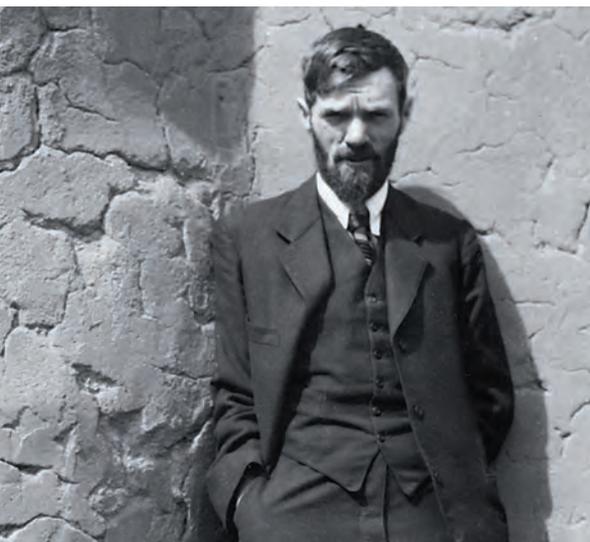
jer ha sido discutida por la crítica feminista y no faltan quienes —ya lo hizo la propia Woolf— lo acusan de misoginia. Leída hoy, en la estupenda edición de **Sexto Piso**, traducida por **Carmen M. Cáceres** y **Andrés Barba** e ilustrada por los jóvenes artistas ucranianos **Romana Romanyshyn** y **Andriy Lesiv**, la novela más conocida de Lawrence, *El amante de lady Chatterley* (1928), largo tiempo prohibida en Gran Bretaña donde fue considerada una obra no ya obscena sino abiertamente pornográfica, no resulta tan transgresora como lo fue en su momento, menos,

como se ha dicho, por haber mostrado los tabúes del sexo o la fuerza del deseo femenino que por romper —el adulterio entre *iguales* no estaba tan mal visto— la barrera entre las clases. Las escenas eróticas, de hecho, que en efecto no eluden la carnalidad, ocupan sólo una parte —no la mejor o la más perdurable— de un relato que lo es sobre todo de denuncia, como sin duda vieron los censores. A ellos —“Ah, los perros añejos que fingen proteger / la moral de las masas...” —, decía en uno de sus últimos poemas— les dedicó el indómito Lawrence, plebeyo orgulloso de serlo, un buen puñado de merecidos insultos.

Como viera **Eliot**, que por lo demás no gustaba demasiado de sus versos, la autonomía del poema como producto del intelecto y su esencia fundamentalmente musical, por encima del sentido, fueron las grandes apuestas teóricas de **Poe**, de quien **Baudelaire** tomó las nociones que alumbrarían el simbolismo en lengua francesa. La línea, sobre

todo a través de **Mallarmé**, llega hasta **Paul Valéry**, el inspirador de la “poesía pura”, muy leído en España —medio centenar de traducciones de *El cementerio marino* desde la primera versión castellana de **Jorge Guillén**, que conoció personalmente al maestro cuando trabajaba de lector en la Sorbona— aunque no todos los poetas del 27, por aludir a la primera generación que recibió su influjo, compartieron el entusiasmo por el autor de *Charmes* (1922). Traducido por **Pedro Gandía** para **Visor**, *Cármenes*, libro que recoge el poema mencionado y cuyo título remite a los *carmina* latinos, poemas o cantos pero también sortilegios o encantamientos, o sea cantos mágicos, es junto a *La joven Parca* (1917) —véase la versión de **Antonio Martínez Sarrión**, publicada por **Linteo**— la obra más celebrada de Valéry, un poeta con fama de hermético que estaba obsesionado con la perfección y perseguía, por encima de todo, la sonoridad, en el marco de una concepción arquitectónica del poema que —no en vano se le ha reprochado su frialdad— desdeña la emoción, “inútil en las artes”, en favor de la inteligencia abstracta. La autoconciencia de Valéry y su rigor teórico, muy admirado por los estudiosos, son ciertamente impresionantes, pero no extraña que haya lectores que prefieran versos caracterizados por un cierto grado de impureza.

Ya había sido publicado por **Aguilar** en 1987 y desde entonces, cosa inhabitual, como apunta **Andrés Trapiello**, tratándose de una edición reciente, se había convertido en un libro muy buscado que vuelve ahora a estar disponible en el catálogo de **Renacimiento**. Inédito hasta esa fecha, el manuscrito de *Celia en la Revolución*, acabado en 1943, permaneció largo tiempo oculto entre los papeles de **Elena Fortún** hasta que su biógrafa **Marisol Dorao**, informada de su existencia por los herederos del editor Aguilar, lo encontró en Estados Unidos. La aventura *perdida* de la popular Celia, ya adolescente en la novela, recrea algunas de las vivencias de Fortún —cuyo nombre real era Encarnación Aragoneses— durante la guerra civil española en escenarios como el Madrid sitiado, la Valencia que fue capital de la República o la Barcelona bombardeada por los nacionales, desde una perspectiva nada tendenciosa que sorprende por su ecuanimidad a la hora de mostrar —republicana como su padre, Celia no suscribe ningún discurso partidista— los crímenes de unos y otros. Por esta razón, Trapiello no duda en situar la novela, verdaderamente conmovedora, junto a las obras mayores sobre la contienda de **Chaves Nogales**, **Clara Campoamor** o el diplomático chileno **Morla Lynch**, referentes de esa “tercera España” que vio con horror —en el presente de los hechos, no después, aunque ese *después* no ha llegado para algunos— la deriva autoritaria de los bandos en conflicto.



El controvertido escritor inglés **D.H. Lawrence** (1885-1930) retratado en Santa Fe, New Mexico (1922).

lecturas

NARRATIVA, ENSAYO, POESÍA, INFANTIL Y JUVENIL

NARRATIVA

DISPARA, RINGO, DISPARA

TINO PERTIERRA

Ernesto Pérez Zúñiga había dejado el listón muy alto con *La fuga del maestro Tartini* con claras intenciones de marcarse un desafío venidero. Reto superado. *No cantaremos en tierra de extraños* irrumpe en el territorio de la épica con un aliento narrativo de realismo a ultranza y poesía al acecho para que sus personajes supuren vida y acojan rescoldos simbólicos. Empeño especialmente complejo porque el autor se permite (y nos regala) una filigrana nostálgica de riesgo evidente: un homenaje al *western* que mamó en su infancia viendo las películas de John Ford. Sobre todo, *La diligencia*, cuyos protagonistas (Ringo y Dallas) tienen una presencia mítica que cristaliza en momentos de extraordinaria intensidad emotiva.

La guerra civil española ha terminado hace ya unos años y el conflicto en Europa empieza a dar sus últimos pistoletazos. La derrota ha dejado a muchos españoles sin patria ni futuro. Entre ellos, dos exiliados que ven pasar los días en el Hospital Varsovia de Toulouse. En Francia: ese país que “no ayudó a defender el primer intento de democracia y recibió a culatazos a los fugitivos”. ¿Rencor? Claro, es inevitable cuando la decepción te ahoga. Uno de ellos vive atado al recuerdo de una mujer que se quedó atrás. El otro, que vivió la liberación

No cantaremos en tierra de extraños
Ernesto Pérez Zúñiga
Galaxia Gutenberg
300 páginas | 20 euros



Ernesto Pérez Zúñiga.



de París, tiene dentro el espíritu de la rebelión permanente. Recuerden la fordiana *Centauros del desierto*: los indios raptan a una niña y un grupo de hombres dedica sus vidas a buscarla. Los personajes de Pérez Zúñiga también encaran la aventura de entrar en territorio enemigo en una misión de audaces, quizá suicida porque en ese inmenso paisaje por el que se adentran en busca de alguien a quien rescatar hay mucho más que una tribu

india: hay todo un país dominado por los vencedores y gobernado con mano de hierro. Y fuego. La aparición de personajes reales que ayudaron a los exiliados (el escritor Howard Fast o el médico Edward Barsky) hace las veces de anclaje histórico para recordarnos que, aunque la novela albergue un espíritu de cuento, lo que en ella se narra hunde sus raíces en la historia más cruel: “En España hicimos la guerra tirando piedras a los tanques”. La primera parte tiene ecos kaffianos al describir la situación de esos españoles

que viven arrastrando grilletes como cheyenes en reservas indias. Pero de esos espacios cerrados y opresivos se pasa pronto a otros abiertos y opresores donde aparecerán personajes enigmáticos e inesperados en situaciones que llevan al límite las intenciones y las agallas de los dos buscadores que atraviesan “la última frontera”: personal y colectiva.

“A veces es mejor para la gente morir que ser esclavos”, decía el guerrero Pequeño Lobo. Y esa consigna escolta a estos héroes sin gloria en los que laten convicciones de resonancias bíblicas (atención al rebelde título), dispuestos a cruzar el río Babilonia con la seguridad de que “cuando un hombre se vende a sí mismo, vende todo de sí mismo”. En ese territorio “desdichado” que es España, habitada por el hambre, las máscaras y las tumbas sin nombre, cabalgan dos hombres y un destino, y Pérez Zúñiga sigue su rastro con una prodigiosa capacidad para hacer respirar los escenarios,

describir vibrantes escenas de acción y cruzar líneas de voces muy distintas, permitiendo de paso que un romanticismo que tiene algo de salvaje envuelva muchos momentos. No es casualidad que el autor escribiera parte de la novela escuchando la voz de Marilyn cantando *Río sin retorno*, una cadencia musical perfecta para este cuento de espíritu rebelde y aventurero de balas, caricias, heridas y besos: “Ya que perdimos un país, salvemos a una persona”. Adelante.

EN DEFENSA PROPIA

MARTA SANZ

En *Una chica con pistola* Amy Stewart recrea la historia de las hermanas Kopp: tres mujeres que deben defenderse, con la ayuda del *sheriff* Heath, del acoso de un industrial de la seda vinculado a la Mano Negra. El punto de partida es un artículo de 1914 en el que se cuenta cómo la calesa de las Kopp es arrollada por el automóvil del empresario. A partir de ahí, la autora pone en funcionamiento los recursos de su imaginación para construir una serie de personajes como la heroína

“

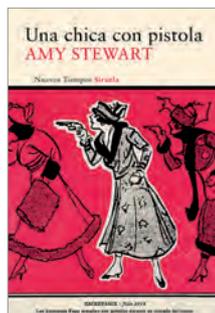
‘Una chica con pistola’ es una muestra de cómo la apariencia de lo inofensivo se sustenta sobre una potente red ideológica: el sensacionalismo como estrategia de venta de la información; la idea de que la inocencia se protege con pistolas

Constance Kopp; su hermana Norma, escéptica y colombófila; y la pequeña Fleurette, obsesionada con el circo y con que escriban bien en los periódicos su precioso nombre de ensalada. La trama entretiene elementos detectivescos y folletinescos, mezclando lo truculento con lo ingenuo: robos de niños, raptos de jovencitas para la trata de blancas, anónimos de hampones, crónicas de sucesos, vendedores de máquinas Singer a los que les das la mano y se cogen el brazo, hermanas que son madres y madres que son austriacas,

Una chica con pistola
Amy Stewart
Trad. Carlos Jiménez Arribas
Siruela
332 páginas | 22,95 euros



Amy Stewart.



disfraces, persecuciones y una tensión sexual no resuelta entre Constance y el bondadoso *sheriff*.

Al margen del interés con que avanzamos en la lectura, *Una chica con pistola* es una muestra de cómo la apariencia de lo inofensivo se sustenta sobre una potente red ideológica: el sensacionalismo como estrategia de venta de la información; la idea de que la inocencia se protege con pistolas; la triangulación de los conceptos de emancipación

femenina, necesidad de protección y armas de fuego; el revólver como fetiche erótico y atributo de virilidad que *empodera* a la mujer; el cuestionamiento del estereotipo de hembra débil y delicada gracias a la envergadura e intrepidez de Constance. Stewart desconfía del capitalismo a una década del crack, pero también le concede un voto de confianza porque subraya cada uno de sus puntales éticos: la épica del *western* que se basa en el individualismo pero también en la ayuda mutua entre los mejores; el genuino sabor americano; la

libertad de elegir; el derecho y el deber de proteger a los tuyos; la posibilidad de hacerse a uno mismo/a; el mito de la tierra de las oportunidades; el valor intrínseco de la aventura; la conveniencia de asumir riesgos y crear figuras heroicas, emprendedoras, singulares. Como el comandante que no rinde el fuerte a los apaches. Como los padres fundadores de la patria.

Más allá de la innegable competencia literaria de Stewart, de sus habilidades folletinescas y de su laboriosidad como documentalista, el punto de vista de la autora se me escapa entre los dedos: los poderosos revientan las huelgas de los trabajadores y no permiten que funcionen las instituciones de todos —judicatura, policía—, mientras los débiles se defienden con pistolas. Trascendiendo el periodo histórico en el que se desarrolla la peripecia, no puedo dejar de acordarme de que Stewart escribe en el país de la Asociación Nacional del Rifle. A la vez veo una clara defensa de las madres y la solidaridad femenina, de la necesidad de combatir esa doble moral y ese puritanismo que han hecho infelices a tantas personas...

El tono carece de pretensiones y esa amena naturalidad está más cargada ideológicamente que las armas de fuego que usan las Kopp. Quizá la mirada de Stewart se me escurre entre los dedos, porque la voz narrativa de Constance se la ha comido. El mayor defecto de esta novela se convierte en su mayor virtud *flaubertiana*. Constance es una mujer fuerte y poco convencional a comienzos del siglo XX: a veces me encanta y a veces la detesto. Ahora les toca a ustedes mediar en el debate.



Marina Perezagua.

LA LOCURA JUSTICIERA

GUILLERMO BUSUTIL

No hay caballeros en Manhattan. Los *gentlemen* del dinero viajan en últimos modelos de la velocidad y el confort o en el asiento de atrás desde el que ignoran a un chófer que no es su ángel custodio. Tampoco los *brokers* son hidalgos de triste figura ni la sombra redonda junto a la que los primeros caminan. Ninguno de estos perfiles tendrá en vida ni en bolsa la humanidad, el surrealismo y el ingenio de aquellos dos *flâneurs* del Siglo de Oro immortalizados por Cervantes. Un pedigrí, el de don Quijote y Sancho, que nunca deja de atraer interpretaciones rigurosas, relecturas y juegos narrativos. Francisco Rico, Andrés Trapiello, Juan Francisco Ferré, entre otros, han traducido, recreado y parodiado la gramática de su

Don Quijote de Manhattan
(Testamento yankee)
Marina Perezagua
Los libros del lince
312 páginas | 19 euros



lenguaje y las posibilidades de su ficción. Igual que ahora Marina Perezagua da una delirante vuelta de tuerca a la imperiosa necesidad quijotesca de combatir injusticias entre la parodia galáctica, la Biblia a modo de novela de caballerías y Manhattan como la ínsula ideal en la que enderezar entuertos de actualidad.

Como si de un divertido regalo de Reyes de 2016 se tratase, Don Quijote y Sancho aparecen amnésicos y desarraigados, con resaca de sabor a tocino fresco y cicatrices de derrotas, en pleno centro de una isla en la que los molinos son rascacielos. En su desconcierto tropiezan con un tenderete de libros bajo el cartel de *Jesus loves you* donde una mujer le regalará al hidalgo un ejemplar de la Biblia. Igual de ensimismado que cuando tuvo en sus manos el *Amadís de Gaula*, el caballero de la Mancha devora la lectura del volumen que despierta su conciencia de socorrer a los menesterosos. Con ese propósito la pareja cervantina recorrerá las calles de Nueva York desde el barrio de Queens a las Torres Gemelas, emulando el itinerario sagrado desde el *Génesis* hasta el *Apocalipsis*, vestidos como el dorado C-3PO y el ewok de *La guerra de las galaxias*, y protagonizando todo tipo de peripecias: un choque con la policía que apalea a don Quijote,

y su estancia en la cárcel con un chico acusado de robo; el delirio de una inundación que convierte la Quinta Avenida en un río de libros a la deriva; el encuentro con unas manifestantes desnudas que apelan al espíritu de ambos en defensa de las ballenas y de que el mar deje de ser un vertedero; el hallazgo del *Diccionario de la Real Academia* con el que Sancho nombra a su amo Don Quijote de Manhattan. Historias de sus avatares enhebradas, lo mismo que en su original, con pequeños relatos que enriquecen la trama de situaciones cómicas bajo las que se esconden vivencias morales y críticas a la sociedad del presente. Son los que aluden al funambulista que cruzó las Torres Gemelas, a la lección de astronomía y a la evolución humana representada por los 13.999.950.000 años que se necesitaron para desarrollar la lengua y la nariz humanas que favorecen el gusto y el olfato.

Después de la dura y abisal novela *Yoro*, que la convirtió en una de las escritoras del pasado año, Marina Perezagua ha saltado con soltura a una aventura humorística, con guiños de pesadillas dalinianas y de Buster Keaton, en la que además del tono paródico sobresale el juego de espejos entre los capítulos del original y los de su relectura; y especialmente el excelente trabajo metaliterario de apropiación del lenguaje cervantino y su diálogo con lo contemporáneo (el racismo, el cibersexo, el culto a las armas, el derroche y las empresas de comida basura), siguiendo esa línea artística de tomar al padre para actualizarlo como hicieron en pintura Picasso con Velázquez y Richard Prince con *Las señoritas de Avignon*. Apuesta lúdica que también acaba de hacer en teatro Ernesto Caballero con parte de la obra cervantina.

Don Quijote de Manhattan caricaturiza el sueño americano desde la tradición de nuestro emblemático rey de los clásicos, insiste en su espíritu sobre la conveniencia de arreglar el mundo como sueño y deja patente que como dice Don Quijote la imaginación es el útero de todo cuando nos rodea.

COURBET DE LOS ÚLTIMOS DÍAS

EVA DÍAZ PÉREZ

Podríamos adivinar a qué olía Courbet en sus últimos días. El hombre que bebe hasta doce litros diarios de vino blanco, que muere de cirrosis, que recuerda su participación en la heroica pesadilla de la Comuna y ante el que van apareciendo los cuadros donde está pintada su biografía: corzos muertos, entierros de pueblo y el sexo abierto, fiero y tierno de una mujer. *El origen del mundo*, lo que nadie se había atrevido a pintar.

El escritor David Bosc se adentra en el final de la vida

“

El escritor David Bosc se adentra en el final de la vida del pintor Courbet, autor del cuadro ‘El origen del mundo’, uno de los artistas más inclasificables y con el que el siglo XIX se vuelve salvaje, descreído, sarcástico, provocador y destructor

del pintor Courbet, uno de los artistas más inclasificables y con el que el siglo XIX se vuelve salvaje, descreído, sarcástico, provocador y destructor. *La fuente clara. Los últimos días de Courbet* (Demipage) es un libro fronterizo que a ratos es novela y a veces una biografía novelada. Siempre a punto de la rebeldía como el personaje protagonista.

David Bosc (Carcassonne, 1973) elige el epílogo de un Courbet que ya es solo reflejo pálido del

La fuente clara. Los últimos días de Courbet
David Bosc
Trad. Nere Basabe
Demipage
160 páginas | 18 euros



PATRICE LE NORMAND



David Bosc.

hombre voraz, del artista rebelde, del revolucionario. Un Courbet que vive en el exilio en un pueblo a orillas del lago Lemán en Suiza pintando el castillo de Chillon. Ese paisaje de tradición cultural que también visitaron Percy y Mary Shelley, junto a Polidori y Lord Byron en el año sin verano de 1816, en el que para no aburrirse en las noches de tormentas ciegas jugaron a crear un relato de terror y lo que salió fue *Frankenstein*.

En ese mismo lugar de pesadilla escondida bajo un paisaje paradisíaco, un Courbet desterrado asiste a su propia destrucción. Y recuerda, sobre todo recuerda... Los sucesos revolucionarios de la Comuna ya no son más que una memoria viscosa de la que él no quiere hablar. “La Comuna estaba en su corazón como un amor difunto”, se cuenta. Courbet había sido condenado a pagar la reconstrucción de la Columna Vendôme, derribada por los comuneros en un simbólico

ejercicio de iconoclastia. Y en esos días suizos sonaba aún en su memoria el himno *Le Temps des Cerises*, los tres meses en los que París ensayó otra revolución que quería cambiar el mundo. Era mayo, la época de las cerezas, cuando los rebeldes fueron aniquilados atrocemente en las últimas barricadas en el Cementerio de Père-Lachaise ante el mítico Muro de los Federados.

El Courbet recreado por David Bosc es un hombre que rememora y que vive sus últimos días siguiendo una rutina de hombre feliz y simple. Nada que ver con el hombre que pintaba el placer de las mujeres —“acuarelado por vaginas rosas”— y que luchaba en las barricadas. Ya es otro el que en la cárcel de Sainte-Pélagie, durante el juicio a los comuneros, pinta naturalezas muertas y marinas.

Sin duda, uno de los grandes aciertos de Bosc es haber escogido a este Courbet crepuscular, tan lejano de la

idea que tenemos del artista lleno de fiereza, provocación e insolencia que se refleja en sus cuadros. Un Courbet cuyo pelo tan negrísimo parece ahora impregnado por una paletada de ceniza, hinchado por el vino —cuando el médico le punce el vientre saldrán varios litros de líquido acumulados por la ascitis— y que se pierde en el recuerdo de cómo durante su vida buscó una pintura olorosa y sonora. Una pintura en la que se descubriera a qué huele una piedra que se enfría. Y donde un ciervo agonizante —una casi carroña— podía ser el retrato más pavoroso porque nos descubre el aliento amarillo del animal muerto en cuya boca maceran las últimas hojas y las cortezas de un bosque. Una naturaleza muerta con cuernos como candelabros fúnebres alumbrando aquel entierro en Ornans o el placer de las mujeres dormidas.



Hipólito G. Navarro.

CALCULADA MISCELÁNEA NARRATIVA

SANTOS SANZ
VILLANUEVA

Declara Hipólito G. Navarro en las páginas preliminares de *La vuelta al día* que aborrece los prólogos a las obras de ficción. Por suerte se ha saltado a la torera esa convicción porque en una jugosa nota introductoria da claves convenientes para apreciar el sentido del libro. De otro modo, la recopilación de piezas muy diversas en temática y en forma podría dar la impresión, no del todo falsa, de una simple y azarosa miscelánea propiciada por la oportunidad editorial. Quienes preferimos los libros de cuentos unitarios a los de materia dispersa habríamos tenido motivos para exponer esa reserva, y, sin embargo, el prólogo invita a ver el volumen con otros ojos, los de un conjunto narrativo varío que muestra la versátil condición

La vuelta al día
Hipólito G. Navarro
Páginas de Espuma
192 páginas | 16 euros



de un prosista que expone su sorpresa ante la extraña realidad a través de una entusiasta y fecunda dedicación a las formas narrativas breves. Se trata aquí, además, de un escritor que se dirige a un destinatario específico. Navarro piensa en un lector aficionado al género e incluso cercano a él mismo y a sus cosas, no en una gran mayoría lectora (suponiendo que exista). Esta consideración no es trivial y condiciona la ideación misma del volumen. Una de sus cinco partes, la última y que da título al libro, ya lo señala en su rótulo: "Texticulario íntimo para incondicionales y compinches".

El autor escribe para cómplices de un género en esencia minoritario, que se sienten vinculados con él, y que previamente le conceden la gracia de interesarse incluso por cosas privadas. A ese lector poco le importa encontrarse con un cajón de sastre. Sobre el sostén de este beneplácito, el veterano escritor onubense agrupa textos narrativos de muy diversos tipos en su tratamiento formal. Hay, por supuesto, piezas mínimas e intensas, del género del microrrelato del que Navarro ha sido pionero antes de que se haya convertido en moda, y otras de de aliento y tono más novelesco que cuentístico. En todas se aprecia una idéntica voluntad de estilo, una prosa fluida, esmerada sin barroquismos, un

mimo de la lengua, un trabajo con la materialidad del idioma, incluso una voluntad de jugar con la palabra, que llega a la broma de escribir "Caperucita roja" al revés. Pero no se trata de un experimentalismo vacuo, sino de sacarle al idioma buenos efectos rítmicos, y ponerlo al servicio de hallazgos conceptuales e imaginativos.

Forma y lengua sostienen una rica galería de tipos, con cierta inclinación por los perfiles excéntricos. Los personajes asumen una problemática que abarca lo universal humano: se habla bastante del amor, de la quimera de la felicidad, de la juventud revisitada, también del dolor, de la decadencia, de una existencia turbia que se asoma



Piezas mínimas e intensas, del género del microrrelato del que Navarro ha sido pionero antes de que se haya convertido en moda y otras de aliento y tono más novelesco que cuentístico

a la tragedia; y de vez en cuando de las letras y del arte. El tono amable de muchas situaciones soterra graves conflictos. La ironía y el humor son revestimiento engañoso del fracaso, la soledad y el desvalimiento. Estas experiencias se enmarcan tanto en un realismo estilizado actual como en la pura fantasía sin tiempo.

Sostiene el *voyeur* protagonista de "Mucho ruido..." que "no se puede mirar todo el rato a las cosas desde el mismo lado, [ya que] la realidad tiene más ángulos de los que uno imagina". Esta es, camuflada en un *alter ego*, la poética del propio Hipólito G. Navarro y de esa mirada inusitada de la vida sale *La vuelta al día*. Con este magnífico ramillete de historias graves e historietas jocosas, incluso de puros juguetes narrativos, pinta los equívocos del mundo quien no necesita que se diga que es uno de los mejores cuentistas españoles del presente.

Fundación contra el Terrorismo y la Violencia
Alberto Jiménez-Becerril



X

CERTAMEN
Creadores
por la **Libertad**
y la **Paz**

POESÍA
NOVELA CORTA
FOTOGRAFÍA

Bases:
www.fundacionalbertojimenez-becerril.org

Plazo de admisión:
Del 7 al 21 de octubre de 2016



Fundación
**Alberto
Jiménez-
Becerril**

JUAN HERRERO



Eduardo Berti.

EL PADRE COMO GÉNERO

AMALIA BULNES

Aceptando el neologismo autoficción, *Un padre extranjero*, la nueva novela del argentino Eduardo Berti (Buenos Aires, 1964), podría ingresar sin apenas enmienda en el catálogo de este género literario donde el escritor desarrolla una triple identidad (la de autor, narrador y protagonista), y donde, con la destreza de un malabarista, entrelaza pasajes reales de su propia vida con experiencias ficticias que se ponen juntas en ruta y, en cierto modo, se retroalimentan durante todo el camino.

Berti, periodista y escritor ya consagrado al otro lado del Océano, aprovecha en este libro su condición de hijo de emigrante en la Argentina de la

primera mitad del siglo XX, con el que se lleva 50 años de diferencia y un océano de distancia cultural y lingüística, para saldar una deuda que parecen tener contraída muchos escritores de su generación: escribir finalmente “la novela del padre” —con una fuerte presencia en la narrativa contemporánea—; justificar en un plano literario e intelectual débitos de familia más intestinos que cerebrales, y purgar ciertas ingratitudes de los hijos hacia los padres que, no por ser ley de vida, están libres de su preceptiva catarsis en la edad adulta.

Así las cosas, *Un padre extranjero* es un bellissimo ejercicio memorialístico trufado con la ficción de otras historias que discurren en paralelo: como si las confesiones tardías a su hijo de un ciudadano rumano que huye de una Europa en el umbral de la Segunda Guerra Mundial le supieran a poco; o como si abordar en exclusiva su propia vida desde lo novelesco le pareciera un ejercicio de desnudez desechado de pura impudicia.

Lo cierto es que Berti teje un relato ciertamente original, propio solo de los escritores mejor dotados, que aborda tres grandes temas universales: la condición de exiliado, la de padre y la de escritor. Es ésta última la que le da la justificación para explorar la idea de frontera, de límites: entre autobiografía y ficción. Entre lector y escritor. Entre distintos idiomas. Entre países y culturas diferentes. Y más allá: entre siglos diferentes. Y es que el autor construye junto al recuerdo de los últimos días de vida de su padre, un sinuoso relato en torno al proyecto literario en el que se halla inmerso en ese momento: la revisión de un suceso disparatado en la Inglaterra del XIX, el de un viejo marinero alemán que está convencido de que Joseph Conrad se burla de él en un cuento llamado

‘Falk’ y que, para vengarse, decide matar al celeberrimo escritor, a cuya figura se acerca Berti con veneración. Es difícil de explicar cómo ha combinado sucesos tan diferentes, personajes tan alejados, situaciones tan peregrinas. Pero lo cierto es que una historia y la otra caminan juntas como si, secretamente, hubieran necesitado siempre de esa compañía.

Un padre extranjero
Eduardo Berti
Impedimenta
352 páginas | 22,50 euros



NARRATIVA

SEIS HISTORIAS ANÓMALAS

ALEJANDRO V. GARCÍA

Robert Aickman (Londres 1914-1981) es uno de los muchos escritores, en particular ingleses, damnificados por el recurso de la crítica a etiquetar la literatura con un calificativo omnímodo que siempre resulta insuficiente. A Aickman se le puede encuadrar en la literatura fantástica (salvo que admitamos que cualquier literatura es un artefacto imaginario); en la de terror (si aceptamos que también se puede temblar de risa o de congoja); en la de humor (si consentimos en que la hilaridad es una de las formas en que se manifiesta la crueldad) o incluso en la simbolista. Pero siempre quedará un aspecto irredento reclamando su derecho a la indeterminación,

“

Los relatos de Aickman impregnan al lector con un tipo de inquietud que unas veces deriva en el sobresalto, otras en el malestar o incluso en el sarcasmo

es decir, a la extravagancia. La rareza está presente en los 48 relatos que Aickman escribió a lo largo de su vida y es el ingrediente que impide sellar el conjunto de su escritura con un membrete como si fuera un producto industrial. La editorial Atalanta, que ahora publica esta nueva antología titulada *Las casas de los rusos*, que contiene otros seis relatos *anómalos* que se suman a los ya conocidos, es el principal centro de apostolado de la

Las casas de los rusos
Robert Aickman
Trad. Arturo Peral
e Irene Maseda
Atalanta
320 páginas | 25 euros



Robert Aickman.

literatura de Aickman en español. Con anterioridad publicó *Cuentos de lo extraño*, con un estupendo y esclarecedor prólogo de Andrés Ibáñez.

¿Se puede temblar de miedo con los seis relatos de Aickman o, al menos, sentir, como alguien sugiere en la solapa, los pelos de punta? Se puede, por supuesto, pero quienes busquen estrictamente los deleites del terror seguramente salgan si no defraudados sí confusos y atiborrados de sensaciones paradójicas que no se pueden despachar con el nombre de una sola emoción.

Los relatos de Aickman impregnan al lector de una manera casi insensible, desde la primera frase y con una rara naturalidad, con un tipo de inquietud que unas veces deriva en el sobresalto, otras en el malestar o incluso en el sarcasmo. Tres de los mejores relatos de esta nueva entrega tienen que ver con un asunto clásico del terror:

filantrópica, denominada Fondo de Construcciones Históricas, autorizada a incautarse no solo de las viviendas valiosas en peligro de destrucción sino también de la memoria de los propietarios y de sus espíritus obsesivos. En “Las manchas” la vivienda que se rebela contra la solidez de las certidumbres es una especie de cobertizo de montaña habitado por una inquietante y carnal joven y su abuelo ciego.

Pero los relatos que producen más extrañeza y cavaran un recuerdo más indeleble en la memoria del lector son los que llevan el nombre de “En edad de crecimiento” y “No más resistente que una flor”. El primero es un cuento más cercano a las sátiras de Swift (me estoy acordado de *Una modesta proposición*) que al espíritu, por ejemplo, de Arthur Machen: la historia de dos hermanos afectados por una especie de gigantismo que los convierte en “grandes en sentido absoluto”. El segundo,

las casas fantásticas, es decir la capacidad de ciertas edificaciones no solo para rebelarse contra sus moradores sino para guardar secretos, disolver el presente o transformar sus cimientos en sustancias orgánicas. En el estupendo relato “Las casas de los rusos” las viviendas, situadas una isla remota en la tenue y gélida frontera entre Finlandia y Rusia, están colonizadas por un pasado de exterminio; en “La tolvanera” Aickman imagina una sociedad

es la demostración de cómo la manicura y otros cuidados estéticos pueden derivar en una dislocación entre el terror y la caricatura. Dos ejemplos de que el extrañamiento de la realidad que propone interesa a Aickman es un proceso interior más que inducido por seres fabulosos: “Los fantasmas no nos dan golpes en la cabeza; nos golpeamos solos, sin percatarnos, y los culpamos a ellos porque no nos comprendemos a nosotros mismos”.

LA GUERRA POR LA INFORMACIÓN

ALEJANDRO LUQUE

Vecinos cercanos y distantes

Jonathan Haslam

Trad. Gemma Deza Guil

Ariel

456 páginas | 23,90 euros

Agentes infiltrados, misiones secretas, mensajes en clave, despachos de embajada, microfilmes... Si sabemos algo de espionaje es, en buena medida, gracias a la ficción literaria. Y es curioso que sus artífices mayores, desde Graham Greene a Ian Fleming, pasando por Somerset Maugham o John Le Carré desempeñaran, ellos mismos, labores de espía antes de dedicarse a la escritura. Algo nada casual, ya que para dominar un

“

Haslam pone de manifiesto que la historia del espionaje y contraespionaje soviético —y postsoviético— no termina en la última página de su ensayo. El envenenamiento del ex agente Alexander Litvinenko fue solo un recordatorio de que la vieja batalla por la información seguirá librándose bajo cuerda

ámbito tan misterioso parece necesaria cierta experiencia en el sector... O, como el caso que nos ocupa, haberlo estudiado concienzudamente durante muchos años.

Si reparamos en los nombres citados arriba, veremos que se trata exclusivamente de anglosajones. Jonathan Haslam, profesor de Historia de las Relaciones Internacionales en la Univesidad de Cambridge, también habla desde el mismo lado occidental, pero su condición

de experto en la Unión Soviética le ha permitido bucear en un océano de archivos y testimonios altamente reveladores, sin perjuicio de la enorme masa de información que permanece aún (y lo seguirá estando, sospechamos, por mucho tiempo) clasificada. En todo caso, Haslam ha logrado escribir una nueva historia del espionaje soviético cuya principal novedad estriba en no limitarse al famoso KGB, sino que también aborda los campos de la inteligencia militar

a casos excepcionales como el estadounidense Glenn Souther, fervoroso partidario de la utopía bolchevique en un ámbito cada vez más poblado de mercenarios. Asimismo, y aunque la acción exterior siempre fue un punto débil, se demuestra que los grandes logros soviéticos se cosecharon en el campo del contraespionaje, por encima de las limitaciones tecnológicas, con Yuri Totrov y su sistema para detectar agentes de la CIA como paradigma. Los éxitos se

sucedieron incluso al sobrevinir, con Gorbachov, la descomposición de la URSS.

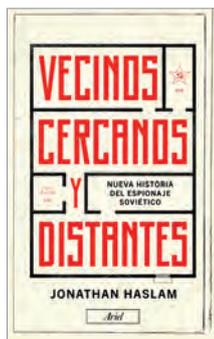
La información que se brinda daría para muchas novelas, pero no se puede decir que este libro se lea como tal. La profusión de nombres y datos exige una atención extra por parte del lector no iniciado. El estilo algo rebuscado del autor (o tal vez una traducción en ocasiones demasiado literal del texto) tampoco ayudan a la lectura ociosa, pero el interés no decae en ningún capítulo.

Sea como fuere, Haslam pone de manifiesto que la historia del espionaje y contraespionaje soviético —y postsoviético— no termina en la última página de su ensayo. El sonado envenenamiento del ex agente Alexander Litvinenko fue solo un recordatorio de que la vieja batalla por la información seguirá librándose bajo cuerda. Las recientes operaciones lanzadas contra Crimea y Ucrania oriental también remiten a prácticas de muchas décadas atrás. Los hijos reaccionarios de la Checa que surgió de las cenizas del antiguo régimen ruso están hoy al mando: al fin y al cabo, el gigante ruso está gobernado actualmente por un antiguo espía llamado Vladimír Putin.

CLARA MOLDEN



Jonathan Haslam.



—el Departamento Central de Inteligencia (GRU)— y el no menos decisivo servicio de criptografía y descriptación.

Su minucioso relato arranca mucho antes de la Guerra Fría, en la misma transición del zarismo a la Revolución bolchevique, y alcanza hasta nuestros días. En él, Stalin sale bastante mal parado como el líder que no supo anticiparse a los movimientos de la Alemania nazi, entre otras políticas erráticas, al tiempo que condenaba al olvido la criptografía. Aparecen figuras legendarias como el astuto Artúzov o el célebre Kim Philby y los “cinco de Cambridge”, determinantes en los éxitos del espionaje soviético frente a Gran Bretaña y su MI-6, junto



Virginia Woolf.

UNA IRÓNICA APASIONADA

ANTONIO ITURBE

Esta pertinente recopilación de textos de Virginia Woolf sobre semblanzas de escritores, literatura y arte parten del volumen *Books and Portraits*, publicado en la editorial Howarth Press, que ella fundó junto a su marido Leonard Woolf a principios del siglo XX, con algunas otras piezas añadidas. Miguel Martínez-Lage, traductor y en este volumen directamente en tareas de editor, señala acertadamente que en los retratos que Woolf hace de diversos escritores podemos leer también un autorretrato de sí misma.

Woolf fue una mujer con carácter, pero también con gran fragilidad emocional, en esa montaña rusa que fue su vida interior. Descubrimos en estos textos que la ironía y el sarcasmo no los utiliza tanto como arma de ataque como una

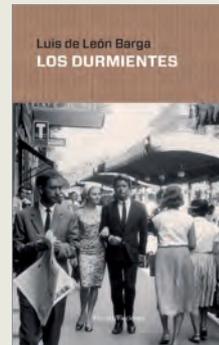
Horas en una biblioteca
Virginia Woolf
Trad. Miguel Martínez-Lage
Seix Barral
368 páginas | 19,90 euros



manera de encontrar asideros a la incertidumbre. Cuando dice de Henry David Thoreau, el escritor que dejó el mundanal ruido para escuchar el pálpito de la vida en el aislamiento de la naturaleza, que esos pensamientos suyos “los escribe como cuando los indios doblan un par de ramas para marcar el sendero en el bosque”, también nos está hablando de sí misma. En un capítulo sobre “el arte de la ficción” lanza unas palabras que son de E.M. Forster, pero parece que ella las cincela en piedra: “la belleza es algo a lo que el novelista nunca debería aspirar, pero fracasa cuando no la logra”. Es la tensión entre su rígida moral victoriana —pese a cierto relajado en el grupo de Bloomsbury— y las pulsiones interiores de la mujer fogosa que escribió *Orlando*. Nos dice que conviene “aclarar la antigua confusión que se establece entre el hombre que ama la erudición y el hombre que ama la lectura”. El amor por la lectura implica un ingrediente crucial que es la pasión.

En su prolífica faceta de articulista, vemos una defensa de los animales de una asombrosa modernidad. Saca la artillería para criticar la “impertinencia, amén de no poca mentecatez en el modo en que compramos animales por cantidades exorbitantes y luego decimos que son nuestros”. Cuando deja de lado la acidez, encontramos de nuevo a la Woolf

BREVE FICCIÓN



Los durmientes

Luis de León Barga
Fórcola
368 páginas | 22,50 euros

La reconstrucción de la biografía de un político de segundo orden de la Transición española conducirá a una historiadora a una época marcada por el olvido de los leales, la memoria de los traidores, el arribismo político y el poder del dinero, los ejes de una trama en la que agentes dobles, espías rusos y la diplomacia vaticana cruzan sus caminos.

frágil, que mira a su propia vida de escritora y susurra “la vida se echa a perder bajo la luz de una lámpara de pantalla verde, el premio de meses de trabajo es tan solo un párrafo aislado”.

Al hablar sobre Joseph Conrad, que tras de una vida de marino quedó varado en tierra con la llegada del vapor añorando en sus libros la época heroica de la navegación a vela, dice que “si un romántico insiste en seguir con vida, ha de afrontar su desilusión inevitable”. Tal vez ahí esté la clave de lo que sucedería años después esa mañana de 1941 en que salió de casa, se llenó de piedras los bolsillos del abrigo y se lanzó a las aguas del río Ouse para no volver jamás. Como puede seguirse en estas páginas que iluminan a Virginia Woolf mejor que cualquier biografía, la literatura es uno de los pocos amores que nunca la defraudó.



Charles-Augustin Sainte-Beuve.

UNA BOTÁNICA DEL ALMA

IGNACIO F. GARMENDIA

Su nombre está asociado a las notas fragmentarias de *Contra Sainte-Beuve*, embrión de la monumental *Recherche*, donde Proust arremetía contra el famoso método “botánico” que su predecesor había aplicado al estudio de la literatura y aún hoy se cita como paradigma de las interpretaciones en clave biográfica, pero Charles-Augustin Sainte-Beuve, autor

Retratos de mujeres

Sainte-Beuve

Trad. José Ramón Monreal
Acantilado

432 páginas | 22 euros



prolífico y más reconocido por su dedicación a la crítica que por sus obras de creación, fue un prosista pulcro y elegante al margen de sus discutidas ideas estéticas. Reivindicado a contracorriente por Harold Bloom, enemigo declarado de las escuelas que lo han puesto en entredicho, Sainte-Beuve pensaba que entender al hombre —o a la mujer, como es el caso de estos *Retratos*— resulta obligado a la hora de arrojar luz sobre su trabajo literario, una concepción en efecto devaluada pero no, como querrían los partidarios de la absoluta autonomía del texto, completamente infecunda.

El propio Proust, que en el fondo lo admiraba, describe el intento de Sainte-Beuve de

“

La capacidad analítica, la intención moral y un tono aunque refinado, deliberadamente coloquial, caracterizan unos perfiles que señalan el indudable protagonismo de las mujeres en la cultura francesa no académica

crear una “historia natural de los ingenios” —que para Taine era la única manera de acercar las ciencias morales a las ciencias positivas— de acuerdo con una división en *familias* en las que se inscribirían los talentos singulares, para analizar los cuales era indispensable recopilar toda la información —sobre los autores, su carácter o sus circunstancias— que pudieran aportar ellos mismos o sus contemporáneos. La obra, sin embargo, argumentaba Proust en sus razonables objeciones, “es el producto de un yo *distinto* del que se manifiesta en nuestros hábitos, en sociedad, en nuestros vicios”, pues en realidad —concluía con acierto— la identidad de un escritor solo se muestra en sus libros. Los de Sainte-Beuve, con todo, especialmente sus *portraits*, dan fe de un talento extraordinario

para el retrato de caracteres, oficio no menor en el que brilló aquel antiguo estudiante de medicina que se definía como “naturalista de las almas”.

Prologadas por Benedetta Craveri, estudiosa del XVIII, biógrafa de madame Du Deffand y autora de un ensayo fundamental sobre *La cultura de la conversación* (Siruela), las semblanzas reunidas en *Retratos de mujeres* —dos ediciones originales en 1844 y 1870— recogen una selección de las muchas que escribió Sainte-Beuve, dedicadas aquí a trece influyentes autoras, corresponsales o anfitrionas que abarcan la edad de oro del salón literario, desde madame de Sévigné, que redactó sus maravillosas cartas todavía en el *Grand Siècle*, hasta madame Récamier, ya en la edad romántica a la que perteneció, más por imperativo biológico que por afinidad o temperamento, el propio retratista. Las citadas u otras asimismo célebres como La Fayette, Geoffrin, Pompadour, Lespinasse o Staël, practicaron, como dice Craveri, “un arte de vivir inseparable del arte de bien pensar y de bien decir”, ejerciendo como modelos de la sociabilidad del Antiguo Régimen —mundana, aristocrática, entregada al ocio, el ingenio y la galantería— hasta mucho después de la sacudida revolucionaria.

La capacidad analítica, la intención moral y un tono aunque refinado, deliberadamente coloquial, alejado de la enfadosa grandilocuencia, caracterizan unos perfiles que señalan el indudable protagonismo de las mujeres en la cultura francesa no académica, donde ocuparon espacios importantes y no solo en calidad de *salonnières*. Sainte-Beuve, afirmaba Proust, se movía en la superficie y ponía o rebajaba la literatura “al mismo nivel que la conversación”, que era justo el ideal al que aspiraban muchas de sus retratadas en escritos o epistolarios. Quizá sea esa manera de concebirla —ligeras, anecdóticas, chispeantes, escrutadoras— lo que cifre el encanto de su labor como crítico.

ENSAYO

HAMBRE Y JUSTICIA

RICARDO MENÉNDEZ
SALMÓN

Postula David Rieff en *El oprobio del hambre* un texto de combate dirigido contra un discurso todopoderoso y que abunda en las bondades del Estado como aval de un mundo donde la justicia sea algo más que una palabra hermosa. La investigación de Rieff adquiere forma interrogativa: ¿qué de razonable y cuánto de quimérico se esconde en el discurso



Un libro apasionado y de una honestidad radical, de obligada lectura para quien quiera entender de qué hablamos cuando hablamos de hambre y justicia en el mundo actual

tecnoutópico liderado por hombres como Jeffrey Sachs y por instituciones como la Fundación Gates, discurso en virtud del cual estamos en disposición de abolir el hambre en torno al año 2030?

Existe un consenso, demuestra Rieff, amparado por el Banco Mundial, famosos tan ubicuos como Bono o Bob Geldof y por ese uno por ciento de personas más ricas del planeta entre las que se encuentran el matrimonio Gates y Warren Buffett, según el cual el desarrollo científico y tecnológico está a las puertas de abolir para siempre la falta de alimento o, mejor dicho, la dificultad de un acceso efectivo y eficaz al mismo. La desaparición del hambre está a la vuelta de la esquina gracias a la conjunción de los avances que la ciencia pone al alcance de

El oprobio del hambre
David Rieff
Trad. Aurelio Major
y Lucas Aznar
Taurus
432 páginas | 23,90 euros



David Rieff.



los agricultores y a las bondades del filantropocapitalismo, término acuñado por Matthew Bishop y Michael Green, matrimonio de cuya unión surgirá ese “radiante porvenir”, un día soñado por la literatura comunista. Todo ello, con la connivencia de unas instituciones convencidas de haber alcanzado el mejor de los mundos posibles (el universo apolítico y posideológico sancionado por Fukuyama en *El fin de la Historia* y *el último hombre*) y felices por haber encontrado en el gran capital

al aliado que nos conducirá a un mundo del que habrá desaparecido una lacra que condena al horror a más de mil millones de personas sobre la Tierra.

Hasta aquí el *non plus ultra* del optimismo de ingenieros y técnicos. A este dictado panglosiano, Rieff opone los sofismas que esconde, las medias verdades que acuña y la evidencia de unas prácticas que en poco o nada se compadecen de lo antedicho. Por primera vez en la historia humana, el ámbito empresarial, convertido en usufructuario de los poderes del Estado, aparece como la encarnación más adecuada para asegurar el bienestar de los desamparados. Ninguna revolución, advierte Rieff, podría precisar de mayores reservas de fe.

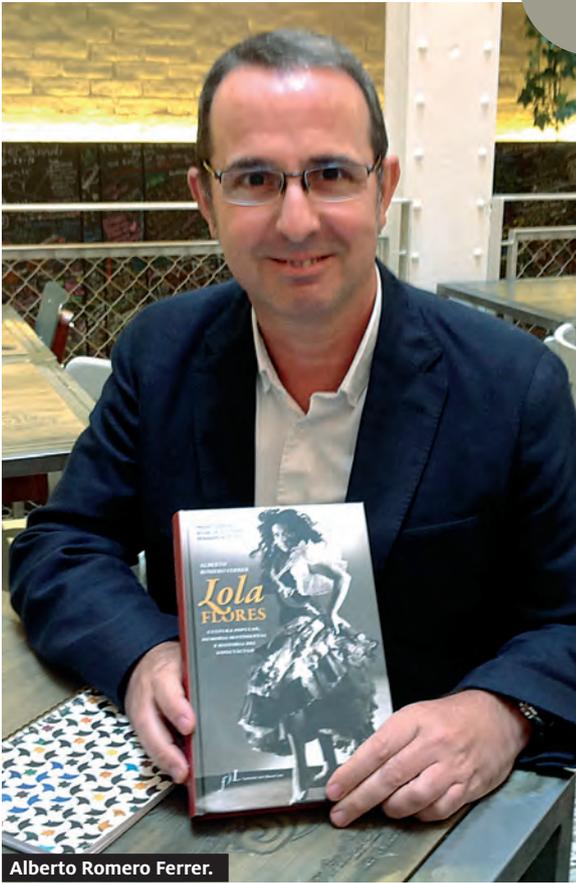
BREVE
FICCIÓN

El río que nos trajo

Sergio Gómez-Alba
Sekotia
222 páginas | 18 euros

La historia de una familia en el tiempo es un árbol que comienza con las raíces bajo la tierra, que explica su fuerza, su resistencia, sus nudos, el sol que alcanzan sus ramas. Ese es el espíritu de esta biografía novelada de una saga de capitanes de la conquista de Granada, de terratenientes, de inquisidores, de soldados que convivieron con Hemingway o Dos Passos y de maquis. Un sorprendente y dramático relato que simboliza el mapa de un país con sus cicatrices y logros.

Es a este secuestro de la voluntad del Estado, a su debilitamiento a manos de grandes fortunas y corporaciones, contra lo que apunta el trabajo de Rieff, un documento indispensable para comprender cómo el discurso acerca del fin del hambre no esconde sino la muy interesada manipulación de una realidad que se tergiversa en función de la conversión de la Historia en un plácido movimiento inercial con los filantropocapitalistas y sus icebergs financieros erigidos como salvadores materiales de las ofensas humanas. Un libro apasionado y de una honestidad radical, de obligada lectura para quien quiera entender de qué hablamos cuando hablamos de hambre y justicia en el mundo actual.



Alberto Romero Ferrer.

LOLA, SIN FLORES NI LUCES

ALBERTO GONZÁLEZ TROYANO

Lola Flores
Cultura popular, memoria sentimental e historia del espectáculo
 Alberto Romero Ferrer
 Premio Manuel Alvar de Estudios Humanísticos 2016
 Fundación José Manuel Lara
 371 páginas | 21,90 euros

A los estudiosos e investigadores españoles no les ha sido fácil adentrarse en las manifestaciones de la cultura popular. Existen incomprendiones y prejuicios que se arrastran desde la última mitad del siglo XVIII. Una época en que políticos y literatos ilustrados —animados por un afán reformista— mostraron una clara animadversión hacia los ambientes castizos en los que



cobraba vida una llamativa cultura propia. Surgió entonces una sorprendente confabulación entre el estamento plebeyo y los sectores aristocráticos *aplebeyados* alrededor de espectáculos como el flamenco, los toros, y la no menos atronadora audiencia conseguida en los teatros por sainetes y tonadillas. La vitalidad de este fenómeno, tan peculiar de España, provocó que nombres tan representativos de la *otra* cultura, la moderna y europeizante, como Cadalso, Jovellanos e Iriarte, entre otros, emprendieran enérgicas campañas, tanto en sus obras como desde el poder político,



A través de una figura tan controvertida como la de Lola Flores, Romero Ferrer restablece el diálogo con la cultura popular de los años de la República que el franquismo había roto

contra lo que consideraban actividades públicas nocivas para el país.

A pesar de los intentos de censura y postergación, aquella cultura popular cobró aliento y logró difundirse. La acogida que la parte más tradicional de la nobleza prestó a estos espectáculos castizos, fraguó en un amplio acontecimiento social, el *majismo*, que, con sus lógicas adaptaciones, ha perdurado casi hasta el siglo XX. Pero también se mantuvo, no menos combativa, la actitud crítica y displicente impuesta inicialmente por los ilustrados, y heredada luego por los regeneracionistas, cuyas secuelas permanecieron todavía en pleno siglo XX. El recelo de los representantes de la alta cultura ha hecho que durante mucho tiempo solo se hayan acercado a estos mundos, con ánimo investigador, aficionados y partidarios, inclinados sobre todo a la hagiografía, la descripción pintoresca o la recopilación erudita.

Con todo, por si fueran ya pocas las suspicacias contra

flamencos, tonadillas, cafés cantantes, torerías y señoritos, vino a superponerse la losa del franquismo. Este tuvo que agenciarse un sustento cultural en el que apoyarse en el desierto reinante en el país, tras la guerra civil. El variopinto ambiente de los espectáculos castizos se prestaba a ello: daba diversión a unos y un medio para sobrevivir a otros. Pero como sistema totalitario, el franquismo lo impregnó todo. Nada público escapaba a su control ideológico y policial. Lo que sobrevivió tuvo que sacrificar lo propio, dejarse contaminar y adaptarse al decálogo de la dictadura. Se hizo aún más difícil investigar, escribir con exigencia ética, valorar cualquier manifestación relacionada con esa cosa heterogénea denominada el flamenquismo.

Pero había que romper ese maleficio. No se podía abandonar, en el olvido, toda una serie de expresiones artísticas de la vida popular solo porque habían surgido en tiempos tan acaparadores y tenebrosos. Y a este reto ha respondido el reciente libro del profesor de la Universidad de Cádiz, Alberto Romero Ferrer. Él, que había recuperado en sus muchas investigaciones anteriores, la cultura popular dieciochesca, se ha sentido dueño del mejor aparato interpretativo para adentrarse en empresa tan arriesgada como necesaria. Y, con probado instrumental, ilumina, pues, con otro tipo de focos, una figura tan controvertida como Lola Flores, indagando en el significado de su proyección artística, sin que el franquismo sea el omnipresente intermediario. Se restablece así, el diálogo que este último había roto con la cultura popular de los años de la República. Este es uno de los mayores logros de Romero Ferrer, conseguido gracias a su insaciable y atinada capacidad en la búsqueda del dato significativo. Sin olvidarse, por descontado, de reconstruir el retrato de aquella mujer fuerte y brava que se lanzó a vivir de forma arrebatada: la única que permitía sobrevivir a una flamenca y artista, de orígenes tan humildes, en aquella oscura época.

POESÍA

PARADOJAS EN CARNE VIVA

JESÚS AGUADO

Javier Fernández (Córdoba, 1971) dedica este libro a su hermano Miguel, que falleciera ahogado en un canal cuando estaba a punto de cumplir 6 años. Miguel, que era “serio y obediente”, se saltó ese día las normas y atravesó las vías del tren tras las cuales se abría el canal. Javier, que era el más travieso, quiso acompañarle pero aquel no se lo permitió. Si lo hubiera hecho, se hubieran ahogado los dos. Esta es la primera paradoja: no lo hizo, en efecto, pero de alguna manera,



Javier Fernández, en los 60 fragmentos de prosa poética que componen el libro, hace girar el mundo en torno a la ausencia de su hermano Miguel. Una ausencia cuyo peso reparte entre su padre, su madre, su hermana y otros personajes que reaccionan al drama tensando entre todos la urdimbre de la historia

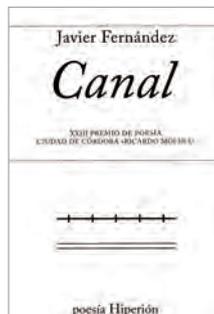
como se insinúa en varios pasajes de este poemario, se hundió en la corriente con él. Porque eran inseparables en vida y van a seguir siendo inseparables por mucho que un accidente se empeñe en poner tierra (o barro, el del fondo del canal) entre ellos. Para lograr eso Javier Fernández, y esta es la segunda paradoja, utiliza, dice, un lenguaje “directo, seco”: directo para encauzar una historia repleta de meandros y revueltas; seco porque él también necesita drenar

Canal
Javier Fernández
XXIII Premio de Poesía
Ciudad de Córdoba
“Ricardo Molina”
Hiperión
92 páginas | 10 euros

CÓRDOBA



Javier Fernández.



las aguas (literarias, emocionales, biográficas) para encontrar a su hermano y encontrarse a sí mismo. La tercera paradoja es doble: lo que se recuerda se difumina en hechos borrosos que no terminan de hacerse nítidos (ni la misma fecha, 5 de marzo de 1975, que primero se da por cierta y luego por dudosa y sobre la que se interroga a la madre porque, por más que el autor la anote, siempre se le olvida), quizás porque produce tanto dolor que uno necesita no creérselo del todo; y lo que no se recuerda

(lo dudoso, lo que genera varias versiones, lo que se inventa, lo que se imagina, lo incompreensible) contribuye, sin embargo, a arrojar luz sobre unos hechos que se llevan mejor con el vacío del no-saber que con el afán de plenitud de cualquier conocimiento.

Javier Fernández, en los 60 fragmentos de prosa poética más la coda final que componen el libro, hace girar el mundo en torno a la ausencia de su hermano Miguel. Una ausencia cuyo peso

reparte entre su padre y su madre (que se acaban separando quizás porque una no teme nombrar un misterio cruel que el otro elude con pavor, y porque ella limpia la tumba de su hijo como si le lavara la cara mientras él jamás la visita), su hermana (hermosísimos les textos imantados por ella), unos vecinos, su mujer, un profesor, una voz de mujer en un supermercado y otros personajes principales y secundarios que reaccionan al drama siguiendo cada cual una línea de fuerza y tensando entre todos la trama

y la urdimbre de la historia. Una ausencia, también, con la que sueña la madre, la hermana y la mujer del autor (sus sueños están contenidos en el libro) y también el propio Javier Fernández que, sin embargo, y a pesar de la escrupulosa reconstrucción que hace, 44 años después, de lo que ocurriera aquel lejano 5 de marzo de 1975, dice que no le apetece hablar de lo que ha soñado. Este sueño que no se cuenta es el hueco por el que el relato respira y por el que sus lectores pueden salir a respirar. Y constituye la cuarta paradoja: la que sitúa fuera del libro (en un más allá que, quién sabe, puede ser aquel en el que los muertos aguardan a los vivos)

la clave principal para entenderlo. El resultado de estas y otras paradojas en carne viva es un libro que impresiona por lo hondo, lo limpio, lo honesto y lo bien escrito que está, y por atreverse a dibujar, desde la misma caja de sus páginas, el trazado de ese canal al que Javier Fernández va a rogar, con palabras que no tiemblan pero que estremecen, que le cuente y que no le cuente (a la vez, sin contradicción alguna) toda la verdad acerca de su hermano.

**INFANTIL
Y JUVENIL**

La liebre y la tortuga

Tina Vallès

Ilus. Sigrid Martínez

Timunmas

32 páginas | 9,95 euros

Desde la antigüedad se han venido usando las fábulas, de animales con pensamientos y sentimientos humanos, para impartir lecciones a los más jóvenes. Con variantes diversas en la Edad Media y en los Siglos de Oro, se han ido reproduciendo en la literatura con grandes representantes como Iriarte y Samaniego.

En prosa o en verso, nos hemos acercado a ellas sin darnos cuenta, o premeditadamente, a veces con afán de aprenderlas para usarlas como ejemplo de vida. De las más conocidas, *La liebre y la tortuga* suele ser aceptada por los más jóvenes porque sugiere la posibilidad del triunfo de los menos favorecidos para realizar alguna actividad. Pero también porque la desidia, la falta de precaución, el menosprecio del débil, han de tenerse en cuenta en un mundo que está perdiendo valores.

Ahora la revitalizan Tina Vallès y Sigrid Martínez, reconvirtiéndolos a sus personajes, que eran rurales, en urbanos. Esa es, desde luego, la mayor diferencia con la original. Además de las ilustraciones, destinadas a un público que recientemente se ha puesto a leer y ya está disfrutando con estas historias.

Magnífica adaptación y renovación de un texto clásico inolvidable, donde los lectores pueden participar utilizando elementos que se proporcionan al final del libro.

Los protectores

Roberto Santiago

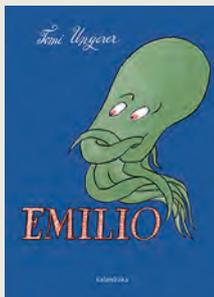
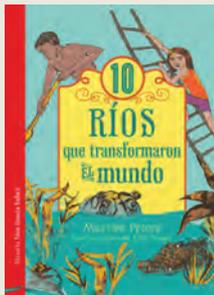
Ilus. Paula Blumen

SM

197 páginas | 12,50 euros

Con *Los protectores*, Roberto Santiago se alzó recientemente con el Premio Barco de Vapor.

ANTONIO A.
GÓMEZ YEBRA



Se trata de una obra sobre el acoso escolar, y la vida familiar de Vicente, un muchacho recién llegado a una nueva ciudad, que ya ha padecido varios traslados con su madre y su hermana.

El protagonista no es valiente pero encara con firmeza las situaciones que se encuentra, a la vez que va creando su propio mundo frente a las burlas de quienes van a ser compañeros de aventuras, y, desde luego, por quienes tienen atemorizado al barrio: los Apaches.

Tampoco tiene mucha ayuda en el ámbito familiar, con una hermana adolescente bastante histérica, y una madre que ha de trabajar muchas horas para sacar adelante a esa familia monoparental que dirige. De modo que ha de seguir el sistema de Lázaro: valerse por sí mismo, si quiere continuar en ese mundo, aunque a veces piense que sería mejor desaparecer de él yéndose a otra ciudad.

Mucha acción, no poco suspense, reminiscencias del cine, humor, amor, y un chico que se hace a sí mismo y triunfa a pesar de que parece tenerlo todo en contra.

10 ríos que transformaron el mundo

Marilee Peters

Ilus. Kim Rosen

Trad. Julio Hermoso

Siruela

134 páginas | 19,95 euros

El ser humano se ha dado cuenta de la necesidad de agua para poder sobrevivir en el mundo. Por ello, Marilee Peters ha preparado un libro didáctico donde hace historia de algunas de las corrientes de agua más importantes e influyentes del planeta, y en el que proporciona pequeñas historias de personajes singulares, desde niños que pescan en determinados cauces, hasta arquitectos que han derivado el curso de los mismos.

El libro presenta diez protagonistas, diez ríos de diferentes lugares del mundo que han influido de forma directa en la Historia de la Humanidad, desde la antigüedad hasta nuestros días.

De Europa destaca ríos tan señeros como el Tíber, sin el que Roma no hubiera llegado a ser lo que fue. También el Támesis, convertido su limo en auténtico arsenal para extraer miles de piezas que llegan posteriormente a los museos londinenses. El Rin, uno de los más hermosos del continente, llega lleno de historias de señores de castillos y de navegantes, así como el Danubio, que recorre buena parte del continente.

Un libro para disfrutar y aprender Geografía e Historia.

Emilio

Tomí Ungerer

Trad. Sandra y Óscar Sendra

Kalandraka

32 páginas | 15 euros

Álbum para destinatarios de cualquier edad. Una historia de amistad entre un ser humano y un pulpo. El octópodo, dotado de cualidades humanas, se convertirá en un auténtico héroe, convertido en ayudante de la policía y en salvador de su amigo, el capitán Samofar.

Este texto en que el pulpo se convierte en animal de compañía de un humano, que suena a dibujos animados televisivos, se publicó por primera vez en 1960, y mantiene su vigencia original.

Hoy se presenta con todos sus valores, tanto textuales como pictóricos. Tomí Ungerer no necesita muchos trazos ni una variada gama de colores para crear una obra que permanece pese a contar más de cincuenta años. Los valores que la obra transmite son eternos. La sencillez es la madre de la perfección. O al revés. Lo dijo uno de los grandes, Juan Ramón: ¡sencillez, hija fácil de la felicidad!

La Cafetrería Tifinagh

► c/Tomás Calamita 6. La Orotava (Tenerife)
www.cafebreriatifinagh.org



Un espacio de encuentro donde la cultura en forma de libro y música y el amor por el café y el té se dieran la mano para descansar del camino de la vida y coger fuerzas para seguir andándola. Ese era el objetivo principal de la Cafetrería Tifinagh en La Orotava y, poco a poco, se ha ido haciendo una realidad leible y degustable.

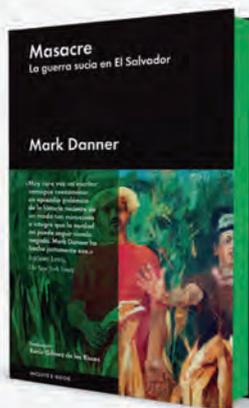
Este es el proyecto comunitario de nuestra cooperativa, con valores de justicia social, de difusión de la cultura con mayúsculas. Con un compromiso firme con los otros emprendimientos y producciones locales y cercanas, con el comercio justo... entendiendo que otras lógicas de relación, también en lo comercial, son posibles y necesarias. Para ello combinamos la oferta culinaria con productos frescos, locales y siempre primando la mejor cali-

dad. Aquí encontrarás una amplia oferta en vinos canarios de todas las islas, la mejor selección de cervezas artesanales del país y una especialización en cafés especiales con nombres de escritores y escritoras.

En lo cultural, dando preferencia a las publicaciones realizadas en Canarias, siempre tan olvidadas, sin renunciar a todas las que desde otras tierras se quieran acercar y compartir en forma de presentaciones o exposiciones. También disponemos de un espacio para las artes plásticas y para la música en forma de vinilos de

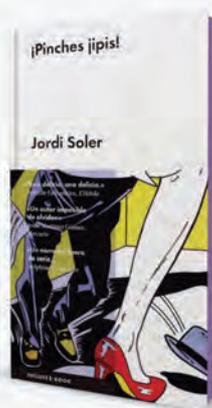
primera y segunda mano, disco compacto o a través de conciertos en nuestro local. Y como no podría ser de otra forma, recomendamos siempre nuestras autoras y autores de la tierra, como la magnífica novela histórica *Olympe de Gouges: La libertad por bandera*, de Isabel Medina. *La lengua de los tigres*, con la poesía de Adrián Hernández. La biografía del majorero Antonio Espinosa, *Antoñito el dulcero anarquista*, escrita por Jesús Giraldez. Y para entretenerse a lo grande la última novela de Alexis Ravelo, *La otra vida de Ned Blackbird*.

Masacre La guerra sucia en El Salvador Mark Danner



Un libro mítico del periodismo de investigación y la literatura de no ficción.

¡Pinches ¡ipis! Jordi Soler



Una divertida parodia y magistral homenaje a la novela negra.



TOMA Y LEE

malpasoed.com

MALPASO



Marta Sanz.

“Nuestra diferencia sigue siendo una desventaja”

La nueva entrega de Marta Sanz, ‘Éramos mujeres jóvenes’, analiza los usos amorosos y la educación sentimental del posfranquismo y la democracia

Publicado por la Fundación José Manuel Lara, el libro de la autora de *Farándula*, a medio camino entre el ensayo, la memoria personal y el reportaje, propone una aproximación subjetiva a los prejuicios y los tabúes que siguen asociados a las relaciones afectivas o sexuales desde la perspectiva de las mujeres. Para describir un recorrido que se aleja por igual del mito del amor romántico y de la autoexplotación comercial impuesta por el neoliberalismo, Marta Sanz ha alternado la evocación de las propias vivencias con las de un grupo de amigas más o menos coetáneas, sus corifeas, nacidas entre finales de la década de los cincuenta y comienzos de la de los setenta, que comparten con la autora su experiencia, sus referentes culturales, sus deseos, sus descubrimientos o sus decepciones desde la adolescencia a la edad madura.

A partir de un discurso reivindicativo, repleto de guiños al lector, *Éramos mujeres jóvenes* busca la complicidad de un público no necesariamente femenino. El trabajo

de Marta Sanz ha pasado por distintas fases, modificándose con la realidad de la escritura: “Al principio —señala la autora— pensé plantearlo como un relato en el que el componente autobiográfico se relacionase con el contexto, con el cambio de época, como en mi novela *La lección de anatomía*. Sin embargo, me di cuenta de que esa perspectiva era demasiado limitada y decidí completarla con reportajes, noticias, estadísticas y, lo más importante de todo, con la mirada de otras mujeres”.

Para ello, preparó un cuestionario con preguntas que de algún modo vertebran el libro y tratan sobre el descubrimiento del cuerpo y del placer, la fidelidad, la educación sexual, las amigas y lo que se comparte con ellas, la seducción o las nuevas maneras de relacionarse. “Yo discuto con algunas de estas mujeres, me identifico con otras y ellas, entre sí,

establecen afinidades o relaciones imposibles. Todas tenían muchas ganas de contar. De recordar y verbalizar para entender”.

El proceso de indagación ha deparado sorpresas —“Yo misma me he visto obligada a replantearme muchos de mis prejuicios”— e incita a los lectores a la reflexión sobre conceptos que damos por sabidos: “Con qué palabras rellenas el amor, qué significa el miedo a la soledad o al envejecimiento... Mientras escribía, me daba cuenta de lo difícil que es deslindar ciertos comportamientos eróticos universales de la edad o del hecho de vivir en un determinado periodo de la historia, y de lo difícil que es separar lo biológico de lo cultural”.

Lúcido, comprometido y bienhumorado, el libro traza un revelador autorretrato generacional y propone una aproximación nada autoritaria a la construcción del relato histórico, donde es importante “analizar el significado de las palabras con las que pensamos nuestra vida y nuestra sexualidad como parte de nuestra vida”. Conceder la palabra a las mujeres “es un acto de justicia que repara el silencio y la invisibilidad. Pero, además, cuando las mujeres se piensan y buscan palabras para describirse están pensando y redefiniendo también a los hombres, abundando en el hecho de que el género sea una construcción cultural y en la posibilidad de que existan otras opciones, no ya sexuales, sino genéricas”. La escritura, además de sorpresas, ha deparado decepciones: “Contra lo que pueda parecer, hay luchas que verdaderamente no hemos ganado, porque nuestra diferencia sigue siendo una desventaja”.

Marta Sanz rehúye las recetas, los consejos o los triunfalismos: “No pretendo decirle a nadie cómo debe vivir su vida desde un punto de vista erótico. No hay conductas buenas ni conductas malas. El discurso se coloca en las antípodas de la autoayuda y cuestiona qué significa ser liberal o ser

reaccionario en materia erótica. Relaciona el consumismo con el sexo y el modelo económico con los modos de vivir la sexualidad. De modo que el libro moralejas no tiene, pero inevitablemente sí parte de un determinado enfoque ideológico”.



Maestro del lenguaje

Vandalia publica el nuevo poemario en castellano de Pere Gimferrer

Solo unos meses después de publicar su último poemario en catalán, *Marinejant*, Pere Gimferrer vuelve al castellano con *No en mis días*, otro libro extraordinario que se suma a una trayectoria ineludible en cualquiera de las dos lenguas. Fechados entre 2012 y 2016, los 30 nuevos poemas de Gimferrer —que ya publicó en Vandalia su libro de poemas en italiano, *Per riguardo*, acompañado de la versión española de Justo Navarro— muestran al maestro del lenguaje en la plenitud de su arte.

Los versos de *No en mis días* sorprenden por la riqueza y audacia de imágenes que abundan en referencias pictóricas, literarias, musicales o cinematográficas,

como partes de un discurso total donde se acumulan los tiempos y los escenarios, superpuestos o transfigurados. Entre alusiones a la actualidad política, a episodios históricos o a su propio itinerario, el poeta trata de la violencia y de la guerra, del erotismo y de la muerte, desde un presente



Pere Gimferrer.

RICARDO MARTÍN

acotado por las fechas —que en Gimferrer adquiere siempre una realidad autónoma, singularísima— en el que se percibe una mezcla de rabia o inconformismo y melancolía con ráfagas de nostalgia. Con esta obra el autor catalán, miembro de la RAE y poseedor de prestigiosos premios nacionales e internacionales, retoma el verso en castellano después de *Alma Venus* (2013) y prosigue una indagación que lo ha convertido en uno de los autores mayores de la poesía contemporánea.

Telefónica y La Caixa se alían para impulsar la educación digital en países emergentes

Los presidentes de la Fundación Telefónica, César Alierta, y de la Fundación Bancaria la Caixa, Isidro Fainé, han firmado una alianza estratégica para el desarrollo conjunto del Proyecto ProFuturo y la constitución de una fundación con el mismo nombre, que estará presidida por Julio Rimoldi y cuyo objetivo es promover la igualdad de oportunidades a través de una educación de calidad mediante el uso de las herramientas digitales. Tras la implantación de un proyecto piloto en Angola, la Fundación ProFuturo extenderá las operaciones a otros países del África subsahariana, América Latina y Asia. Para su despliegue, prevé la firma de acuerdos con los agentes —privados, públicos y del tercer sector— más relevantes del ámbito de la cooperación internacional.

Isidro Fainé calificó la colaboración entre ambas entidades de ambiciosa y esperanzadora: “Contribuir a romper la brecha digital en las zonas donde desarrollaremos ProFuturo puede marcar un antes y un después en la vida de muchos niños y jóvenes. Queremos abrirles la puerta a nuevas oportunidades, y la confluencia de tecnología y educación es, sin duda, la mejor fórmula para conseguirlo”.

El neurólogo Facundo Manes abre el ciclo de conferencias de la Fundación Cajazol

El convenio de colaboración entre la Fundación Cajazol y la Fundación José Manuel Lara sigue su recorrido con sendas conferencias que se celebrarán en dos de sus sedes: la Fundación Cajazol en Sevilla y el Instituto Cajazol en Tomares. El ciclo se desarrollará a lo largo del otoño y se prolongará en 2017 con la incorporación de nuevos escritores, intelectuales, economistas, políticos o periodistas de prestigio.

La sala Antonio Machado de la sede central de la Fundación Cajazol albergará el



Facundo Manes.

ALE LÓPEZ

27 de octubre una conferencia de Facundo Manes, neurólogo clínico y neurocientífico argentino. Gran divulgador, Manes ha publicado más de 190 trabajos científicos

en las más cualificadas revistas internacionales y entre sus libros publicados destaca *Usar el cerebro* (Paidós), que invita a conocer el objeto más complejo del universo. Asimismo, el Instituto Cajazol acogerá el 17 de noviembre una conferencia de Francisca Serrano, *trader* en los mercados de futuros de Estados Unidos, columnista y autora de exitosos títulos como *Muevas tus ahorros y gánate un sueldo* (Espasa), *Hijo rico, hijo pobre* (Espasa) o *Day trading y operativa bursátil para dummies* (Planeta).

Mujeres espías

Haberlas, haylas, o por lo menos las hubo. Las espías femeninas han sido foco de atención siempre; en el cine, en la literatura, en los periódicos. Tienen un halo romántico, un punto inasible que las convierte en leyenda. Todos pensamos enseguida en Mata Hari, la espía por antonomasia, la espía total. Mata Hari, seguramente para

dotarse de algún tipo de glamur que la hiciera deseable, se hizo bailarina oriental; porque la pobre era belga y ¿puede existir algo menos sexy que una espía belga? En realidad muchas de las espías famosas se dedicaban al mundo del espectáculo. Pienso en Joséphine Baker, que trabajaba en la sombra para la *Résistance*, y en Christine Keeler (caso Profumo), que se lo montaba de *stripteuse*. De cualquier manera, las más carismáticas fueron todas bellas (maldición femenina) y sacaban sus informaciones a los hombres poderosos por vía de la seducción y el intercambio sexual (maldición otra vez). Es curioso, pero hay algo que nunca he comprendido en la mecánica de estos encuentros. ¿Cómo hacían las chicas para

sonsacar a sus amantes con naturalidad? Porque si en medio de una tórrida escena ella preguntaba: “¿A qué hora pensáis atacar al enemigo?”, el amante se mosquearía ¿o no? Y si el método era menos directo y evidente, ir oyendo algo por aquí, avizorando un

documento por allá, entonces ¿por qué no se hacían pasar por secretarias, en vez de intentar robarles el corazón a sus víctimas? Sinceramente, no me cabe en la cabeza que sea necesario encamarse con un tipo para recabar de él informaciones comprometidas.

Por ejemplo, los espías masculinos siempre han sido señores de lo más corriente, con pinta de funcionarios respetables y sin ningún tipo de encanto personal. Puede que eso se deba a que no existían mujeres en los centros de poder a quienes pudieran seducir, o también a que las mujeres somos menos fogosas y más desconfiadas. No lo sé, pero la clásica vía de belleza más sexo en el caso de los hombres espías no ha dejado huella en la historia real ni en la ficción. Y mira que sería un tema goloso para inventar sobre él, aunque difícil, lo reconozco. ¿Qué tipo de hermoso varón hubiera sido necesario para volver loca a Condoleezza Rice? ¿Un fornido jugador de baloncesto? ¿Y a Margaret Thatcher? ¿Un joven idealista neoliberal de buen aspecto? ¿Qué me dicen de Angela Merkel? Habría que internarse en la ciencia ficción para hacer creíbles estos ejemplos o decididamente colocarlos en una novela de humor donde se ridiculizaran los tópicos.

Sí, las irresistibles mujeres espías no dejan de ser un tópico quizá ya superado por los tiempos modernos. Pienso que un buen pirata informático o un descodificador de claves deben de dar mucho más juego en la actualidad. Y es una pena, por supuesto, ya que se pierde el romanticismo, la emoción del vis a vis y el morbo sexual, todos ellos elementos clásicos de los relatos intrigantes. No solo eso, también pasa a la historia una auténtica enseñanza: la debilidad humana. Detrás de toda gran espía amatoria, hay un hombre engañado. Lo que ocurre en el interior de esos hombres es bonito de verdad: la fuerza del instinto, capaz de anular toda prudencia, ese dejarse llevar por la pasión sin levantar barreras cautelares, el convertirse en un niño cautivo del placer. ¡Eso eran hombres, demonio, débiles e indefensos por una vez! El factor humano, que decía Graham Greene. Temo que hoy día los hombres con secretos de Estado deben de ser tecnócratas más fríos que gusanos, y así no puede ser.



OSCAR ASTROMIUIOFF

Detrás de toda gran espía amatoria, hay un hombre engañado. Lo que ocurre en el interior de esos hombres es bonito: la fuerza del instinto, capaz de anular toda prudencia, ese dejarse llevar por la pasión sin levantar barreras cautelares



16
17 TEMPORADA LÍRICA

TEATRO DE LA MAESTRANZA

Director Artístico: Pedro Halffter



SEVILLA

ÓPERA

TANNHÄUSER

de Richard Wagner

ANNA BOLENA

de Gaetano Donizetti

LA FLAUTA MÁGICA

de Wolfgang A. Mozart

LA BOHÈME

de Giacomo Puccini

ÓPERA DE CÁMARA

UN AVVERTIMENTO AI GELOSI

de Manuel García

ÓPERA PARA ESCOLARES Y FAMILIAS

ALLEGRO VIVACE

Viaje mágico por el mundo de la ópera

ZARZUELA

ZARZUELA! THE SPANISH MUSICAL

RECITALES LÍRICOS

JULIE FUCHS/ ORQUESTA BARROCA DE SEVILLA

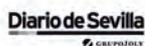
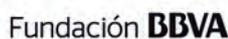
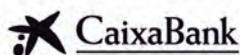
SONDRA RADVANOVSKY

M^a JOSÉ MONTIEL



Teatro de la Maestranza y Salas del Arenal S.A.
Paseo de Cristóbal Colón, 22. 41001 Sevilla
Teléfono de información al cliente: 954 223 344
www.teatrodela maestranza.es

Patrocinadores de la temporada 2016-2017



VICTORIO & LUCCHINO

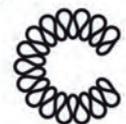


*Eternamente agradecidos,
Don Miguel
L*

Mercurio 184 Octubre /16 0010137674



8 432715 078982



IV CENTENARIO
DE LA
MUERTE DE
CERVANTES

El Corte Inglés



* ÁMBITO cultural